Contemporánea

JOSÉ LUIS SAMPEDRO
OLGA LUCAS
Cuarteto para un solista

DEBOLSILLO

José Luis Sampedro
Olga Lucas

Cuarteto para un solista

DEBOLSILLO

SÍGUENOS EN

megustaleer

@Ebooks

@megustaleer

@megustaleer

Penguin Random House Grupo Editorial

Para Carmen Balcells y Ángel Lucía.
Con ellos somos Cuatro

Agradecimientos

A Ana Figueroa y Eduardo Leiva, nuestro amparo junto al mar, para los encuentros con Agua.

A Amaya Delgado, defensora del solar y atenta al devenir.

VIDA Y LOS CUATRO

Cielo y océano: ilimitados e intemporales. Ancha senda dorada de la playa, mantenida en su pura desnudez por el doble barrido diario de las ondas. Acotada por dunas, manglares y palmeras. Junto a una de ellas, en la tendida luz de un recién aparecido sol que tiñe de rosa la nube, cuatro figuras sentadas, con las piernas cruzadas cambian miradas inquietas. Surge una voz:

—Parece que tarda.

—No dudes, Fuego. Nos ha hecho venir.

—Y vendrá, Aire. Vida no falla. Ella es la Verdad.

Breve silencio roto por un aleteo. Los Cuatro miran a lo alto. En la copa de la palma la cacatúa agita otra vez sus plumas como también impaciente.

—Cuando te despediste, Tierra, ¿se quedó ella enfadada?

—¿Otra vez me lo preguntas, Agua? No, ya te lo he dicho: estaba tranquila. Sorprendida, eso sí.

—¿Le dejaste claro lo que queremos?

Tierra no contesta. Lo ha explicado varias veces.

Es Fuego quien exclama:

—¡Ahí está! ¡Ya viene!

A la vista, sobre la arena acaba de surgir una figura femenina. Seguro designio, perfecta dignidad natural. Cada dos o tres pasos su mano extrae algo invisible de la bolsa pendiente de su hombro y el brazo desnudo traza un arco horizontal, mientras el puño cerrado se abre.

Al tenerla cerca los Cuatro reconocen la noble apostura, la fuerza en la mirada y la generosidad en la sonrisa de Vida. Se levantan inclinándose en la bienvenida mientras ella los saluda, se sienta bajo la palmera y los invita a rodearla.

—He querido escucharos a los Cuatro antes de decidir. Vuestro deseo me ha sorprendido mucho. Queréis vivir como humanos...

—¡Sólo algún tiempo! —interrumpe Fuego.

—Es igual. ¿Qué os proponéis con eso, qué esperáis?

—Procuré explicártelo, Señora —responde Tierra—. Sentir como ellos, comprender lo que los mueve, los aleja y los desvía.

—¿Los desvía de qué?

—Bien lo sabes —interviene Aire—. De ellos mismos, de su

radical naturaleza. Nos olvidan, después de tantos siglos. No se apoyan en nosotros Cuatro, exploran otros que también llaman elementos, pero que sus cuerpos no pueden valorar ni saborear: átomo y partículas cuánticas, conceptos del espacio. ¿Adónde lleva eso: a hacerse máquinas o internautas, al hombre biónico? ¿Qué harán de la vida que les diste? ¿Cálculos y protocolos, sin visiones ni sensualidades? ¡Se están destruyendo!

—¿No será que se están transformando, que evolucionan? Así lo hacen millones de vidas. Mutaciones y hasta metamorfosis: el gusano se transforma en mariposa.

—Sí, la mariposa es un progreso del gusano —irrumpe Fuego—. Pero la máquina degrada al hombre.

Vida los contempla un punto compasiva:

—Ya veo, os habéis hecho demasiado humanos. Habláis de esa especie como si fuera la más alta meta, como si hubiera alcanzado el fin de la Historia, según dicen algunos. ¡Qué error, qué egolatría desmedida! Yo continúo sembrando vidas: ya me habéis visto hacerlo ahora mientras me acercaba. Me impulsa la Energía inagotable, la fuerza cósmica global y las lanzo, les doy la salida como un trampolín o como una explosión y después no intervengo. Ellas despliegan sus potencias y sus limitaciones; unas aciertan y prosperan, otras se frustran. Entre millones de nuevos continuadores surgen innovadores que saltan horizontes, revolucionarios del futuro. Ése es el curso vital de todos los seres en el mundo, incluidos, por supuesto, los humanos, aunque ellos se crean diferentes, ajenos al Cosmos, sobrenaturales. Se engañan atribuyéndose otra vida inmortal fuera del Todo.

Aleteo en lo alto. La cacatúa aplaude.

—No niegues su grandeza a los humanos, Señora —se atreve Agua—. Considera cómo empezaron, con la Palabra, su difícil conquista que dejó atrás a los simios. Son la punta de lanza adelantada a todas las especies en la evolución.

—Es cierto, pero eso no los libera del cambio permanente que es ley. Reconozco sus hazañas, pero les pierde la pretensión de situarse frente al mundo en vez de integrarse en él, de querer dirigir la evolución mediante sus innovaciones técnicas, pareciendo ignorar que ellos mismos son un pequeño grupo de vidas y deseos en la infinitud de espectáculos, acciones, trofeos y desplomes interdependientes, envueltos todos ellos en la evolución global del Cosmos.

—Razón de más para mezclarnos entre ellos e intentemos ayudar desde dentro —exclama Fuego.

—¿Y cómo? Vuestra vida no es la carnal de hombres y mujeres, no sois entes del mundo físico. Sois creaciones de la imaginación humana, figuras del mundo mítico y simbólico. Sólo existís en las galerías de las mentes, donde existen también los dioses, los demonios o las hadas. Fantasías elevadas a mitos.

—También son de ese mundo las ideologías —opone Aire—, las creencias políticas y, sobre todo, las religiones. ¿Acaso no son tremendas provocaciones de cambio para bien o para mal? Pero las transformaciones exigen obras, requieren actores corpóreos. Las religiones tienen sus iglesias con medios poderosos.

—Además, nosotros también somos realidades físicas y bien valiosas, imprescindibles para ti, Vida. El aire, el agua, la tierra y el fuego son tangibles y consumibles, imprescindibles para el ser humano —recuerda Tierra.

—Sí, somos también activos, como armas destructoras —refuerza Fuego—. Diluvios, ciclones, incendios, terremotos. Tenemos fuerza material, podemos influir como las iglesias y los imperios.

—Es cierto. Dais vida y también podéis matar —ataja Vida—. Pero la figura con que os estoy viendo ahora, los vestidos que os cubren, como a mí mi túnica, siguen siendo símbolos, representaciones nacidas y sostenidas en la mentalidad colectiva de la Humanidad. Nacisteis griegos: Empédocles os reunió a los Cuatro para siempre. No sois personas vivas, agentes de decisiones y evolución. Sois mitos que representan materias inertes; inertes, aunque vitales. Si matáis son catástrofes, si impulsáis un velero sobre el océano sois Naturaleza, no Historia, no decisiones humanas.

—Pero podemos estimular o disuadir —apunta Aire—. Dar ejemplo, apelar a la perenne sabiduría que nos hizo valiosos y también a los hombres. Tú eres una fuerza irresistible. ¡Ayúdanos!

—No, yo no soy una fuerza, sino un estado de la materia que, en la evolución, alcanzó capacidad de reproducirse hacia el futuro lo mismo que los hombres conquistaron la palabra. Fuerzas hay otras muchas, pero todas son variantes de la misma: la Energía Cósmica que estalló en el Vacío primigenio, dando origen al Cosmos y manteniendo su totalidad en marcha. Por eso yo, como vosotros, soy la explicación humana de un proceso inmenso hacia creciente complejidad. Yo no puedo daros vida corpórea. Para lograrla tendríais que haber nacido en la naturaleza física y no en las imaginaciones. No os quejéis: existís como los dioses, pero no podéis tener la vida física de los humanos.

Se detiene al reparar en la expresión de desánimo en sus oyentes. Continúa animándoles:

—Pero puedo aconsejaros algo: que os modernicéis, como se modernizan mis seres ya creados. Que hagáis como otros mitos: acercaos más a los humanos y manteneos en su recuerdo. Ahora que los hombres ya construyen en sus pantallas una vida virtual para enriquecerse, mayor motivo tenéis para equiparos con camuflajes virtuales. Intentad ser vistos por ellos a la manera de espejismos o apariciones míticas. Después de todo, también se camuflan en la realidad mis camaleones o los insectos que, inmóviles, parecen ser sólo una ramita vegetal para no atraer a sus predadores. Utilizad vuestro ingenio y sus métodos para lograr la máxima presencia en las mentes humanas y no sólo en vuestro mundo cultural europeo sino en otros del conjunto humano.

Con un guiño cómplice, Vida, al despedirse, añade:

—No puedo hacer más por vosotros salvo desearos éxito y satisfacciones en vuestra empresa.

Los Cuatro rompen en exclamaciones de gratitud.

—Cantaremos en vuestro honor, Señora, la Música de la Vida.

En lo alto de la palmera un emplumado aplauso de la cacatúa.

* * *

—Pero ¿qué dices, padre? ¿Que te visitan los Cuatro?

—Sí, hija, ya te lo estoy contando. Es importante lo que están haciendo y yo...

—Para, para. Te trajimos a este sanatorio para que descansaras, pero veo que sigues igual, sigues trabajando demasiado.

—La que sigue igual eres tú. Los Cuatro...

—Para, te digo. Escúchame bien: has trabajado mucho. Tu mente necesita un descanso, pero veo que no obedeces, sigues obsesionado con tus Cuatro incluso aquí en este bello lugar junto al mar.

—¡Ay, hija, no lo entiendes! Hablas del descanso de la mente como de la jubilación. Y no. No es así. Me jubilé de la cátedra hace años, pero no puedo jubilarme de mí mismo. Mi mente estará en mi cuerpo hasta el final. Hasta que me llegue el momento, el espíritu me sigue animando. No puedes pararlo.

—Sí, claro, pero podrías dejar de trabajar, dedicarte a pasear, a contemplar las olas que siempre te han fascinado, a disfrutar de la vida. Eso también lo manda el espíritu, ¿no?

—Naturalmente, contemplo las olas, sigo admirando el abrazo

de Aire y Agua; paseo y charlo con Tierra; a Fuego le veo menos, pero me salva del frío y cuando me visita, sigue tan contundente.

—Ah, ¿aquí también te visita?

—¿Cómo no? ¿Acaso creíais que trayéndome a la otra punta del país no iban a encontrarme?

Se abre la puerta:

—Su merienda, Profesor. Como tiene compañía, se la dejo en la mesita. La toma usted cuando le apetezca. Ya volveré a retirar la bandeja y, de paso, a ponerle el termómetro.

—¡Qué guapa la enfermera! ¿No te quejarás, eh, pillín?

—No, no tengo quejas. Son todas guapas, pero ésta además es lista. Se llama Melina, de origen griego, como los Cuatro, y los comprende muy bien, pero ¡que muy bien! En sus ratos libres viene a que le explique las cosas.

—¿Qué cosas le explicas?

—Pues lo que nos interesa, las tribulaciones de los Cuatro. Yo le cuento cómo van sus reuniones. Por ejemplo, le hablo de la que han celebrado recientemente en Tombuctú, de lo que han tratado allí y esas cosas. Ella lo sigue todo con mucho interés. Ahora no tiene tiempo porque está sustituyendo a la de la tarde que está enferma y de día aquí no se para. Pero generalmente hace el turno de noche y así, cuando ya están todos recogidos, unos durmiendo y otros viendo la película, nos reunimos y charlamos. Me ayuda mucho.

—Ya veo. El mundo al revés, vamos. Te traemos aquí para un descanso y resulta que pones a las enfermeras a trabajar. ¡Estupendo! Bueno, en vista de eso, me voy, aún tengo mucho que hacer.

—¿Lo ves, hija, lo ves? Tú misma lo dices: hay mucho que hacer.

—¡Uf! Es inútil. Anda, dame un beso. Volveré pronto.

—Señorita, Melina, disculpe...

—¿Cómo dice?

—Que si tiene usted unos minutos, Melina.

—Unos minutos le dispenso, pero yo no soy Melina, ni creo que ninguna de mis compañeras se llame así.

—Perdone, es usted la enfermera que ha llevado la merienda a mi padre hace un rato, ¿no? ¿Cuál es su nombre?

—Mucho más sencillo: me llamo María.

—¿María? ¿Y tampoco es usted griega, claro?

—¡Griega yo! Ni hablar. Soy de Fuengirola y he salido muy poco de mi tierra. A Granada por ver la Alhambra y a Madrid para probar el AVE, pero poco más.

—Bueno, disculpe, lo habré entendido yo mal. Hasta otro día.

La hija sale corriendo y las dos enfermeras del mostrador no pueden impedir una risotada:

—¡Qué familia más rara, ésa está peor que el padre!

TOMBUCTÚ

Lo primero fue el agua. Su emergencia súbita, su borboteo al pie del risco, su culebreo pendiente abajo hacia el barranco. Revelación que enciende mi otra vida, la mental, la hondísima. Tanta verdad no es sueño sino encarnación. Y ahora, cuando parezco despertar porque me reengancho a la rutina cotidiana, me apresuro a escribir. A retener su mensaje, a compartir sus angustias y sus certidumbres.

Eran ellos, sí, los Cuatro. Cada vez más activos en mí desde hace tiempo. Ya destacan mucho entre tantos que me acompañan, viviendo en mis galerías mentales, pero esta vez me han buscado los Cuatro juntos y me han llevado con ellos en forma inolvidable. Haré historia.

El primero ha sido Agua. Brota de la roca y del arroyuelo se eleva una neblina que cuaja y toma la forma de una joven envuelta en ondulante túnica celeste y calzada con sandalias de tiras doradas. Es ella, Agua, la que vino a buscarme. Se alisa los cabellos mirando en torno. Sus ojos aguamarina se hacen risueños al reconocer el lugar. Da unos pasos sendero arriba, pero la detiene un súbito remolino en el aire. Como ocurrió con la neblina sobre el manantial, el remolino toma cuerpo hasta transformarse en un joven con botas vaqueras, sahariana y gorra inglesa.

—¡Qué a punto llegas, Aire! ¡Qué alegría! —exclama mi amiga abrazándole.

—Te vi aparecer y quiero acompañarte a visitar a la Madre. Vive aún aquí, ¿verdad?

—Sí, algo más arriba. Encontró aquí un buen refugio hará unos sesenta años, poco después de la bomba sobre Hiroshima.

—Mucho tiempo para los humanos, pero un instante para nosotros.

Siguen subiendo por el sendero, Aire continúa:

—Ahora recuerdo. Acabábamos de estar juntos tú y yo. ¡Qué días aquellos!

—Sí, en Estambul, tras recorrer varias islas del Egeo.

—¡Buenas tormentas de mar y viento armamos juntos por las playas y contra las rocas! Eran nuestro abrazo, ¿recuerdas?

Aire oprime cariñoso el brazo de la joven.

—¡Inolvidables! —suspira ella feliz—. Vividos además allí donde

nos juntaron a los Cuatro en nuestro mundo natal.

Continúan su marcha y al contonear un espolón de la montaña los ve desde más arriba la mujer que los espera. Viste como una nómada de la región sahariana del Ahaggar, con pañuelo a la cabeza pero sin velarse el rostro. Sus cabellos se conservan negros en torno a la faz arrugada, donde luce unos ojos brillantes. Está en pie junto a una abertura natural que, en la pared de roca viva, da paso a una caverna. Un hermoso cedro, casi inverosímil en esas montañas del Sahara, le ofrece buena sombra. Al ver acercarse a la pareja acude a encender una pequeña hoguera con ramas ya preparadas en el suelo, pero oye a su lado un fuerte chasquido al surgir súbitamente otro personaje. Un hombre ya maduro pero todavía robusto. Viste como los guías del desierto, pero llama la atención con su crespo pelo rojizo pues no se cubre con el turbante azul y el velo de los camelleros.

—Aparta, mujer, que aquí llego para darte lumbre.

El aparecido aproxima un índice a las ramas y del dedo brota una llama que prende la hoguera. Entretanto han llegado los dos jóvenes y los Cuatro se abrazan, informándose sobre sus respectivas novedades. Tierra entra y sale de su vivienda sacando lo necesario para preparar el té cuando Fuego recuerda que es su primera reunión desde el reciente encuentro de todos con Vida. Se produce un silencio embarazoso que rompe Tierra reclamando ayuda para disponer una alfombrilla y unos almohadones.

Ya todos acomodados celebran unos pastelillos de miel y pistacho traídos de Tamanraset por el recadero de los montañeses. Los jóvenes reprochan a Tierra lo retirado de su residencia, tan apartada del mundo.

—Es que éste es precisamente mi mundo: el Sáhara. En las dunas del Erg soy la arena más pura y absoluta. Aquí soy roca de volcán. El resto fósil de un vergel, pues no olvidéis que el Sáhara fue un jardín, un mundo fértil, verde y dorado. Durante milenios sufrí alternativas climáticas, pero hubo un tiempo en que tuve lagos con un pequeño mar y dos hermosos ríos: uno fluyendo hacia el Norte y el otro rumbo al Sur. Ambos acabaron reuniéndose para formar el actual Níger. Aquellas aguas albergaron hasta hipopótamos. Corrían jirafas y avestruces. Por aquellos paisajes, y no sólo a lo largo del Nilo, pudieron caminar hasta el Mediterráneo y pasar a Europa los hombres primitivos, descendientes de los aparecidos en el África Central. Pero poco a poco se impuso el desierto.

—Todavía salieron de allí los elefantes que Aníbal llevó para atacar a Roma —interrumpe Fuego.

—Pero el mar interior se desecó —prosigue Tierra— dejando en Taudeni las salinas desde donde las caravanas medievales llevaron sal por toda África del Norte. Todavía hace un siglo se encontró en un cauce medio seco de este Ahaggar un cocodrilo residual. Ahora el Sáhara es muy mío. Con la luz y el cielo soy en él un grandioso espacio, una modulación inacabable de auroras y ocasos, una noche con millares de estrellas y una luna poderosa. Una libertad ilimitada con dignidad inatacable. Soy aquí más que en ningún sitio.

Estalla un chillido agudo. Los Cuatro vuelven la mirada hacia el cedro. Entre el ramaje asoma una cabecita cómica, peluda y con dos grandes ojos.

—Es Walif —ríe Tierra—, un monito del barranco próximo. Ese personaje me ha descubierto hace poco y se me acerca cada día más. Ahora resulta oportuno chillando, pues yo me había puesto demasiado solemne con mi Sáhara. Disculpadme el entusiasmo.

Fuego también ama el desierto y la comprende. Durante años vivió con Tierra en Tombuctú.

—Precisamente —evoca—, he pasado por esa ciudad hace poco. Me dio pena ver tan descuidada la ciudad antigua, pero aún queda la mezquita Djingareber con su maciza torre erizada de puntas de maderos salientes. Por fortuna poseen la biblioteca Ahmed Baba, con manuscritos seculares conteniendo la historia islámica de aquel mundo africano; prácticamente desconocido en Europa.

—Hasta que René Caillé logró llegar allí hace casi doscientos años disfrazado de árabe. Poco antes había intentado lo mismo un escocés, pero fue descubierto y le mataron. ¡Hurra por René Caillé! —concluye Aire alzando su vaso en un brindis y vaciándolo de un trago.

Los demás le imitan en silencio. Luego Fuego pasea su mirada burlona de uno a otro y rompe el hielo.

—¿Qué, nadie se atreve a comentar lo que nos dijo Vida?

Los tres rompen a hablar de una vez. Necesitan soltar la tensión acumulada, pero pronto Agua y Aire respetan la prioridad de Tierra, que se queja acremente de la insensibilidad de Vida hacia lo que pasa, de su indiferencia.

—Vida me defraudó —insiste—: Sabe perfectamente los destrozos y muertes que se están produciendo y no se le nota. Tiene menos interés por sus criaturas que el que yo tengo por tantos seres que viven en mí o de mis recursos y a los que me cuesta sostener y alimentar.

—La verdad es que no nos animó mucho —coincide Fuego—. En definitiva nos dijo que hagamos como los hombres, que nos demos

a conocer como si fuéramos productos del mercado reclamando atención.

—No puede hacer mucho más —explica Agua—. Siempre que se da vida a algo se otorga también la muerte.

—Pero los destrozos no son muerte natural, congénita. Son crímenes.

—Ella no puede hacer más —insiste Agua—. Si los hombres nos descuidan es porque están cambiando.

—Pueden cambiar muchísimo sin dejar de apoyarse en nosotros —replica Tierra.

Parece cundir el desánimo, pero Aire les recuerda su procedencia:

—Nacimos en aquella prodigiosa Grecia. Tales concibió la idea. En su ciudad de Mileto, precursora de Atenas, él eligió a Agua como origen del mundo alegando sus tres estados de la materia: sólido, líquido y gaseoso. Y Anaxímenes me unió a ella. Y Empédocles añadió a Fuego. No tenemos que rendirnos. Tememos por los hombres, pero no es su primera gran crisis. Otras culturas se despeñaron antes. Después de Babilonia, la misma Roma, el Imperio mongol, los mayas...

—Yo casi me alegro —celebra Fuego.

—Pues contigo se meten poco.

—Me desdeñan. Ya no soy el calor ni la luz de sus viviendas y, aunque si me lo propongo, con un solo volcán paro todos sus aviones, lo cierto es que ya no soy su energía principal.

—Sí, hubo otras crisis —reconoce Tierra—. Pero ¿estamos seguros de que ésta es igual? A mí me parece más grave. Con los medios técnicos actuales, las transformaciones son más rápidas, irreversibles.

—Ya antes cambiaron mucho —replica Aire—. Incluso cambiaban de dioses o los tomaban de otros pueblos.

Tierra se abandona a la nostalgia pesimista:

—¡Ay, aquellos dioses! ¡Eran tan humanos! Se mezclaban incluso con los hombres, compartían sus sentimientos... Podían ser violentos, pero eran generosos. También eran malignos y muy licenciosos a veces. Pero tenían grandeza. Eso es lo que no veo ahora, en sus guerras y rivalidades: grandeza.

—No hay que exagerar —rectifica Aire—. La Humanidad ha creado grandes cosas, precisamente con la Ciencia.

—Demasiado. Aquellos dioses aceptaban ser humanos, pero ahora se han invertido los papeles, son los hombres quienes quieren ser dioses. Dioses inmortales.

—No vale la pena discutir el tema —centra Aire la cuestión—. El hecho es que nos olvidan, se apartan de nosotros. Ahora manejan nuevos elementos. ¿Y nosotros qué pintamos? ¿Qué hacemos? Quizá podamos adaptarnos.

Entonces algo inesperado sucede. Una súbita ventolera parece sacudir unos momentos a Aire, cuyo rostro se crispa. Los tres le contemplan asombrado. El fenómeno cesa y Aire se pone en pie bruscamente.

—¡Una tragedia! —exclama—. Acabo de saber que están ardiendo los bosques californianos de las Montañas Rocosas. El desastre amenaza ya el Sequoya National Park.

—¡Qué horror! —gime Tierra—. Son árboles soberbios. Allí está el que llaman el árbol del general Sherman, con más de tres mil años.

—¡No lo he prendido yo! —grita Fuego—. Lo juro.

—Acudo allí corriendo —dice Aire—. Rápido, Agua, entre los dos arrojaremos allí cataratas para extinguirlo.

—Voy contigo —decide Agua dejando de ser visible y en su lugar aparece una columna de vapor. Aire también se desvanece e inmediatamente aparece una nube, arrastrada hacia el Oeste a toda velocidad. Durante la agitación del grupo, el macaco ha descendido rápidamente del cedro y ha vuelto a escapar llevándose la naranja.

Tierra, abrumada y dolorida, necesita saber.

—¿De veras no has sido tú?

—¡Ni lo pienses! —exclama Fuego—. Son los de siempre, mis enemigos traicionándome, los que ya robaron la llama a Prometeo. Comprendo que dudes...

—No. Te creo ya sin dudarlo.

—Es que como hablé de extinguir a la Humanidad...

—Es curioso el suceso porque yo misma estaba pensando en que quizá viniera bien una catástrofe para empezar de nuevo. Por supuesto, no pensé en destruir la Humanidad, pero sí mostrar lo que puede ocurrir con bombas nucleares y demás excesos. Yo pensaba en una buena sacudida mía, más que un terremoto; un cataclismo de aquellos que armábamos tú y yo en otras eras geológicas. Pero este incendio me asusta a mí misma. ¡Mis gloriosas secuoyas, maravillas forestales, vividoras de siglos... qué barbaridad!

—Te comprendo. Yo no he querido acompañar a la pareja porque mi arte no es apagar fuegos, sino al revés y no quiero dar motivos de sospecha con mi presencia allí. Ya organizarán ellos hasta un diluvio bíblico si hace falta. Esos dos juntos valen mucho y se llevan muy bien.

Tierra ríe:

—No cabe llevarse mejor. ¡Habrán gozado ahora de lo lindo por las islas Jónicas! —exclama Fuego añorante.

Tierra le mira cariñosa y se desplaza sobre la alfombrilla hasta quedar sentada junto a él.

—¿Envidioso, querido?

—A tu lado no puedo serlo. Y menos tras haber recordado hoy a Tombuctú, donde fuimos tan felices. ¿Recuerdas? Fue antes de que los tuareg ocupasen la ciudad.

—Lo reviví al oírte ahora. Yo me acuerdo más del Gran Imperio de Ghana. Estuvimos allí por el año 1000, cuando en Europa la gente temía el final del mundo. La capital, Kumbi-Saleh, eran dos ciudades, la imperial islámica con la de los negros animistas. Europa los juzgaba bárbaros pero tenían grandeza. ¿Recuerdas los paseos mañaneros del Rey?

—El Tunka.

—Así le llamaban, sí. Casi a diario aparecía en la Gran Plaza a la sombra del parasol real que sostenían a su lado y se mezclaba con la gente pero sin mengua de su apostura real. Hacía justicia a veces en el acto, allí mismo. ¡Eso es funcionar!

—Lo que más me gustó fue que el trono se heredase por vía matrilineal. Era origen más seguro la hembra que el marido. ¡Qué hermosos días aquellos! —suspira Tierra—. ¡Fue una luna de miel! Una de las muchas. Y ahora les toca a nuestros jóvenes. ¡No los envidies!

—¡Ya te he dicho que no! ¡Ellos sí que me envidiarían si conocieran nuestra historia! Para empezar, yo te engendré a ti, mi amor, y para siempre.

—Claro, porque tú naciste el primero de los Cuatro, hace más de cuatro mil millones de años, una pura bola de fuego rodeando al Sol.

—Pronto te sentí en mí como un coágulo creciendo poco a poco. Moderé mi hoguera, la energía pura que yo era, con la ternura de una madre. Fuiste creciendo y te envolví en gases y vapores. Uno de ellos se convirtió en la actual Agua. Así nació.

—Y yo, mayorcita ya, me alié con Agua para envolverte a ti entre las dos y para sujetar tu fogosidad, porque inventabas locuras en tu órbita.

Fuego ríe recordando y replica:

—¡Pues anda que tú! Primero fuiste un solo continente, hoy llamado Pangea por los historiadores; única tierra en toda la esfera oceánica, pero te aburrías y te hiciste dos, Gondwana y Laurasia.

Ahora es Tierra quien ríe:

—Éramos jóvenes y enamorados.

—¡Y bien que lo fuimos! ¡Tú conteniéndome pero gozando a tope cuando yo estallaba y saltaba fuera de ti! ¡Cada volcán nuevo era mi orgasmo! Así crecimos y nos multiplicamos más ambos en montañas y muchas de las actuales islas oceánicas.

Tierra sonríe, soñadora, entrecerrados los ojos mientras evoca aquel placer de vivir.

—Aire fue más tardío. Un gas torpe hasta que se hizo con oxígeno estimulante de muchas vidas nuevas, que nos enriquecían y admiraban. Hasta llegar a los hombres últimamente.

Fuego asiente con el gesto y oprime, cariñoso, el torso rodeado por su brazo.

—Ésos son los que estropean el recuerdo. Aunque ellos nos hagan saber incluso que estamos envueltos en magnetismo, sea eso lo que sea porque escapa a nuestra percepción.

Desde la copa del cedro, donde pela meticulosamente la naranja, el macaco disfruta seguro al amparo de esos dos animales felices que le protegen.

* * *

—Mire, Doctor, ellos existen para mí. Vengo de Grecia, soy de Europa. Me constituyen.

Existen como los dioses: en mi mente. Como las obsesiones, los delirios, los ideales... Son realidad, mi verdad vital.

Mi familia quiere disuadirme. Mis amigos también. Inútil, porque no es un sueño. Me siento en mi retiro frente al mar. Cierro los ojos. A veces vienen, otras no. Pero siempre me siento en paz. ¿Se puede vivir así? Claro. Renunciando a lo que no interesa. Yo he dejado los intereses para escucharles a ellos.

Se instalan en mí, a veces los Cuatro; a veces uno o dos. En ocasiones sin hacerme caso, pero sabiéndome oyente y partícipe, compañero, aun en silencio. Otras veces se dirigen a mí.

No sé si perciben que el hombre de ahora será visto mañana como vemos hoy al chimpancé: como un prototipo ya archisuperado. No sé si huelen los anticipos de la metamorfosis hacia una nueva especie: *Homo creator*. ¿Homo? Ya no. Se habrá convertido en otro ser.

No soy sólo en su culto, pero sí muy adicto. Me eligieron por haberme retirado en el 68. Me vino a ver Agua que coincide conmigo en la admiración por el Tao. Supongo que mi entorno me

imagina ya más bien loco, como el Quijote, me visitan en esta residencia por compasión. Yo, en cambio, los compadezco, aunque no crean necesitar consuelo. Porque ¿sabe? Ellos son los que están locos.

—Puede ser, puede ser. Esto son cuestiones complejas. Pero, dígame, Profesor, ¿cómo son sus reuniones con los Cuatro?

—No, no. Yo no asisto a sus reuniones. No me tome por loco usted también. Si puedo relatar esas reuniones como si fuese uno de ellos, como si yo fuera el quinto, es porque Agua me lo cuenta. También Tierra en mis paseos, pero sobre todo Agua que es la más inquieta. Me visita con frecuencia y es muy cariñosa. Y bueno, de algo me tienen que servir mis dotes de narrador. No resulta difícil reconstruir la escena. Y la escribo.

—Melina, como usted la llama, me ha dicho que se reunieron en Tombuctú.

—Sí, sí, una ciudad muy interesante.

—Sabe, Tombuctú es un lugar que siempre llamó mi atención. Me gustaría leer ese relato.

—Ya. Comprendo. Pero no debe quedarse sólo en la descripción del lugar. Mire, Doctor, si de verdad le interesa la preocupación de los Cuatro, debería leer el relato despacio y, además de su fascinación por Tombuctú, valorar el interés de esa reunión.

—Sí, claro, pero, dígame, ¿qué papel juega usted en todo eso?

—Muy sencillo. Ellos me necesitan. Para contrastar sus ideas, necesitan a alguien de carne y hueso, quiero decir del mundo físico, no del ideológico como ellos que, al igual que todos los dioses, son sólo fruto de nuestra imaginación, de nuestra necesidad de explicaciones y entendimiento. Me han elegido a mí porque saben que comparto sus preocupaciones, que llevo muchos años dedicado al estudio de las mismas cuestiones que hoy les hacen temer por el futuro, el de ellos y el nuestro. Yo no le temo al futuro porque creo en Vida. Los jóvenes tampoco deben temer, pero deben educarse, tienen que tomar conciencia de insostenibilidad. Hay que recobrar el sentido del límite. Nosotros nos hemos triplicado en menos de un siglo, pero los recursos naturales no se reponen a la misma velocidad. Hay que parar. Ellos, los Cuatro, lo saben, se preocupan, buscan soluciones. Y yo también. Por eso hablamos, por eso escribo, por eso relato sus reuniones, aunque me tomen por loco. ¿Entiende, Doctor?

—Sí, claro, se explica usted muy bien. Con absoluta lucidez y claridad. Pero, como bien sabe usted, me dedico a ayudar a la gente a distinguir entre realidad y ficción y, claro, esta historia suya de

los Cuatro...

—Ya. Ya veo. No le parece a usted muy real. Mire, Doctor, las cosas reales simplemente son, y ese ser es su verdad. Lo que pasa es que las contemplamos cada cual a nuestra manera y convertimos las palabras en etiquetas.

—¿Usted cree?

—Sí, lo creo. En muchos casos es muy fácil averiguar si algo es verdad porque no hay problema en contrastar las ideas con las cosas. Para entendernos, si el envase de un producto anuncia un bocadillo de jamón y lo que encontramos al abrirlo es una manzana, resulta evidente que la etiqueta era falsa. La verdad queda demostrada por el contraste con los objetos reales. En cambio, en otros casos es más difícil. Por ejemplo, si nos presentan una pintura muy cotizada en el mercado como obra maestra del arte moderno y no nos gusta en absoluto, ¿ahí cuál es la verdad? Pues la verdad del espectador es que la pintura es fea por mucho que otros la valoren. Es decir, cada uno de nosotros decide, de hecho, su verdad.

—¿Me está diciendo que verdad es lo que uno cree que es verdad?

—Naturalmente. Lo importante en la vida de una persona es su creencia. Las creencias son las verdades vitales, las que nos guían y motivan, decidiendo nuestro futuro. La mente humana concibe con toda fantasía los mitos más variados, inventa hadas y gigantes, se propone intereses y objetivos, rumbos desconocidos y cualquier otra creación. Los innumerables dioses de tantas religiones han nacido en la mente humana y sus historias y características se han desarrollado en incontables textos.

—Sí, entiendo, pero visto así, se nos plantea un problema de elección. Ha mencionado usted las religiones y sus diferentes dioses. ¿Cómo saber cuál es el verdadero? ¿Qué hacer para conocer la verdad ante tantas hipótesis?

—Buena pregunta. Ahí también cada cual debe buscar su camino. Mi norma es no aceptar nunca pasivamente lo que nos dicen; no asumirlo aunque lo diga una autoridad ni aunque se encuentre escrito en un libro donde alguien consignó hace siglos su propia creencia. Hay que enterarse, comparar y elegir. Alguna de esas propuestas arraigará porque te convence. Si se acepta sin pensar no se vive la propia vida, sino la que otros dictan. En cambio, con la verdad propia asumida, se está en el camino de llegar a ser quien se es. Mi divisa es: «Tu ser será tu verdad, la que tú, racional y conscientemente, crees que es verdad». Para la vida lo importante son las creencias. Y usted, Doctor, sabrá mejor que yo

que incluso ustedes los científicos que obtienen teorías probadas y experimentadas con todo rigor, sin embargo, descartan su creencia en ellas en cuanto otra teoría formula algo mejor.

—En efecto, la ciencia de cuando en cuando cambia sus paradigmas.

—En mis clases, cuando abordaba estas cuestiones, para lograr que los alumnos se fueran pensativos, solía terminar diciéndoles: «Seguramente estáis convencidos de que acabáis de pasar una hora oyendo cosas extrañas a un tipo raro como yo, tranquilamente sentados y descansados en vuestras sillas. Pero la verdad es otra. Durante este rato de vuestra vida y ahora mismo estáis desplazándoos en torno al eje de la Tierra a una velocidad que, a la latitud en que estamos, alcanza unos mil quinientos kilómetros por hora. La Tierra a su vez gira alrededor del Sol, arrastrándonos a todos, a una velocidad aún mayor. Para colmo, todo el sistema solar se está moviendo a una velocidad que ignoro y que se suma a las otras dos, en dirección a otra galaxia que no recuerdo. Ésa es, por tanto, la verdad objetiva de las cosas, verdad que no va a transformar vuestra vida para nada porque vuestra verdad vital es que habéis estado quietos y sentados. El vuelo por el espacio de los astros ni tenéis ni podéis tomarlo en cuenta; esa verdad objetiva no altera vuestra verdad vital.

—Sí, una manera impactante de concluir. Efectista y efectiva: con independencia de nuestra verdad vital, la verdad objetiva es que el reloj marca las doce; seguiremos mañana.

TAHITÍ

—¡Soberbio! ¡Esto es vivir dentro de una esmeralda!

Fuego exagera, pero tiene razón. Los Cuatro se encuentran dentro de una de las artificiosas cabañas que, esparcidas por un amplio parque, alojan a los huéspedes del hotel Pomaré, en Tahití. Bambúes entrelazados forman las paredes y el techo está cubierto interiormente por un lienzo verde. La luz del día, filtrada por palmas, bananos y árboles frondosos, tiene también tonalidades verdes.

En el aire flota un ligero olor a vainilla. Los Cuatro se sientan en hamacas y saborean refrescos a base de agua de coco, con o sin licores. Los dos hombres visten pantalones cortos, Aire con una ligera camisa y Fuego con el torso desnudo. Agua se envuelve en una túnica estampada en colores y Tierra, que hace de anfitriona, viste otra igualmente liviana pero en tonos más suaves.

Ante la impulsiva exclamación, los otros tres ríen. Aire apoya a su compañero.

—Fuego tiene razón y ha sido una gran idea de Tierra la de traernos a este lugar. Es muy de agradecer.

—Sí, os prometí que nuestro próximo encuentro sería en un sitio más alegre que mi austeridad sahariana.

Mientras habla, su mano juega con las flores de hibisco del collar que le han puesto al llegar al hotel, en la recepción. También lo llevan sus compañeros, pero las flores de Fuego ya están marchitas por el contacto con su ardoroso cuerpo.

—De todas maneras, tampoco es vuestra primera visita a estas islas.

—¡A mí me lo vas a decir! —confirma Fuego—. Yo las conozco desde siempre porque son creación mía. Con un par de volcanes saqué a Tahití del fondo del océano. Y, la verdad, me salieron bonitas estas islas.

—No presumas tanto, que son mías más que tuyas. Lo que hiciste es sacar mi tierra fuera de las aguas.

—Habláis olvidando que esas tierras las conservé yo en el sosegado descanso de mis profundidades durante miles de años —objeta Agua.

—Todos contribuimos —completa Aire—, porque una vez

emergidas he trabajado mucho erosionando los dos picachos hasta darles su pintoresco aspecto actual. Traje también en mis alas simientes que sembraron estas islas con el verdor que nos seduce. Y también ayudé en su navegación a las canoas en que llegaron los primeros pobladores.

—Incluso animaste las velas del viajero europeo que las hizo famosas: el almirante francés Bougainville —añade Agua.

Y Tierra puntualiza:

—En realidad, el primero fue el inglés Wallis, pero no se quedó, se limitó a repostar y anotar el descubrimiento. Bougainville llegó un año después, en 1768, afortunadamente con menos prisas y más interés. Propongo un brindis en su homenaje.

—Sí, hace ahora doscientos cuarenta años. —Alza su copa Aire —. Yo le recuerdo perfectamente. Era un hombre de cara redondeada y labios sensuales. A su regreso a Francia, se apresuró a relatar su viaje. Se publicó en París con el comentario de Diderot acerca del episodio con el misionero y la doncella tahitiana.

—¡Ah, el famoso viaje y su no menos famoso capellán!

—Pues sí, Fuego, hay historias que no se olvidan. ¡Cómo recuerdo aquella mágica embarcación y su recepción! El Rey de la isla recibió amistosamente a su comandante y oficiales; los invitó a una cena de gala y, al final, como un gesto habitual en las costumbres de hospitalidad isleña, ofreció a sus huéspedes la asistencia de encantadoras jóvenes para el resto de la noche. Todos contentos y felices. Imposible imaginar una mejor acogida, pero...

—Siempre hay un pero.

—Sí, las historias tienen sus peros. En este caso, el capellán católico del navío. Por poco lo estropea todo, como tú a veces, Fuego, sólo que en su caso por motivos contrarios a los tuyos. El muy católico, rechazó la oferta femenina alegando como excusa su voto de castidad. Naturalmente, el Rey no lo entendió, se sintió ofendido y se creó una incómoda situación para el capitán del navío, en absoluto interesado en ofender a su amable anfitrión.

—Lo que hoy llaman «conflicto diplomático», pero por razones sexuales de Estado —se sigue burlando Fuego.

Todos ríen y continúan recordando la irónica descripción del abate por Diderot: «Era joven, temblaba, se atormentaba, desviaba los ojos de las muchachas, los volvía a ellas y levantaba también las manos al cielo. La más joven se abrazaba a sus rodillas diciéndole: «“Extranjero, hazme madre, hazme un niño”».

Diderot, quien defendía la moral sexual isleña (basada en la realidad de la Naturaleza) con las ideas rousseaunianas tan en boga

en la Francia ilustrada del siglo XVIII, también debió de reír lo suyo al describir la escena del capellán y las muchachas en Tahití.

—En mis orillas y en mis riachuelos tahitianos —comenta Agua — también he comprobado más de una vez esa natural y admitida sensualidad, lo que por otro lado tampoco ha impedido que los misioneros se establecieran en las islas cuando fueron ocupadas. Incluso lograron que una reina isleña, Pomaré II, se convirtiera al catolicismo. Aunque, cierto o no, en su día corrió el rumor de que la causante de esa conversión fue la oratoria de un joven y atractivo abate francés a quien concedió audiencias privadas durante algún tiempo. De ser cierto, no cabe duda de que algunos misioneros se adaptaron mejor que otros.

Vuelven a reír y siguen recordando anécdotas acerca de relaciones entre viajeros y tahitianas, como fue el caso de los marinos llegados a Tahití, veinte años después que el almirante Bougainville, a bordo del *Bounty*. Un buque carguero construido para transportar frutos del árbol del pan obtenidos en las islas del Pacífico hasta las plantaciones de azúcar europeas del Caribe, con la pretensión de paliar ciertas carencias de nutrientes en la alimentación de sus esclavos. Una idea original vendida a la Corona británica para paliar lo que hoy se llama «absentismo laboral».

—Pero entonces como ahora la patronal no puede controlarlo todo —sigue Fuego burlón—. El Almirantazgo y quien ideó la recolección del fruto de pan seguramente conocía bien las ansias y necesidades de la tripulación, pero, desde luego, no contaron con la sensualidad, belleza y dulzura de las tahitianas. Ni por lo más remoto sospecharon hasta qué punto los marineros se sentirían en el paraíso al atracar en esta bella isla tras varios meses de navegación debido al cambio de rumbo obligado por las tormentas. ¿Cómo iban a imaginar en el brumoso Londres de estrictas costumbres la influencia sobre sus hombres de esa recepción amorosa y fascinante de las nativas? Pese al trabajo de recolección de frutos, cinco meses viviendo como reyes en amable compañía de las tahitianas cambió su vocación marinera, hizo que olvidaran novias, carrera y consecuencias. Digan lo que quieran, lo natural era amotinarse.

—Bueno, pero, bromas aparte —interviene Tierra—, natural, natural... Puede. Es comprensible. Pero los valores culturales como la lealtad, el sentido del deber del capitán Bligh al exigir a sus hombres el cumplimiento de la misión encomendada y la disciplina son muy de tener en cuenta. Y precisamente nosotros...

—¡Ah, vieja astuta! Como de costumbre, no das puntada sin hilo. Te veo venir. Dices que nos has citado aquí para resarcirnos de

tu austeridad sahariana.

—Claro —sonríe Tierra.

—Claro y algo más. Has elegido Tahití porque muy probablemente es el lugar que mejor simboliza el tema que deseas tratar hoy: el del mundo natural y mundo cultural. Los conceptos rousseaunianos del hombre natural y del buen salvaje aquí necesitan poca explicación y tus recuerdos de Bougainville y el capellán no eran sino tu manera serena, pero firme, de introducirnos.

Cesan las risas, se miran ahora muy serios, mientras Fuego sigue impetuoso:

—Pues conmigo no cuentes para sutilezas, ¿eh? Yo soy rousseauniano antes y más que el propio Rousseau; me decanto sin reservas por el hombre natural. Y no me miréis así. Ya sé que me tenéis por bruto. Pero tú, Tierra, deberías saber mejor que nadie lo que da de sí el conocimiento humano. Pese a que nuestros filósofos griegos conocían tu forma, la gente te creyó un disco plano durante siglos. Tuvieron que aparecer Copérnico y luego Elcano, con su viaje a tu alrededor, para que te aceptaran redonda. Y aun entonces, la redondez que te atribuyeron quedaba falseada a causa del mapamundi de Mercator que en el siglo XVI te representó como un cilindro. Acuérdate, para él los polos eran tan grandes como el ecuador falseando por completo las altas latitudes. Pero como eran intransitables a nadie le importaba. ¡Y el bruto soy yo!

—Pues algo bruto sí eres, compañero —interviene Aire.

Agua aprovecha la pausa para interrumpirle:

—No, no es que sea bruto, es que la cuestión está mal planteada. Aquí no se trata de los tropiezos en el camino, sino del camino mismo. Durante siglos el estilo de vida que encarnamos permitió mejorar a Occidente. Ahora se apartan de nosotros y nuestra preocupación, en el fondo, gira en torno a nuestra existencia.

—Sí, como nos dijo Vida, ahora se dispone de nuevas técnicas y debemos adaptarnos a ellas, no juzgarlas. Pero yo ya soy vieja y me temo que el gruñón de Fuego también tiene sus dificultades para manejar la informática. No os dejéis impresionar por sus formas toscas y bravuconas. Bien sé yo toda la ternura que se esconde tras esa máscara.

Callan todos nuevamente. La cuestión es difícil. El conocimiento humano los supera. Sin duda Aire y Agua entienden mejor el progreso, pero Tierra, recordando a Gauguin aquí en Tahití, evoca el cuadro a cuyo pie estampó el pintor: «¿De dónde venimos? ¿Quiénes somos? ¿Adónde vamos?». Sin duda cuestiones

importantes, vigentes en todos los tiempos, para las que no tienen respuestas inmediatas.

* * *

—En su primer relato, Vida acusaba a los Cuatro de asemejarse demasiado a los humanos. En este segundo parece que tiene razón: en Tahití levantaron la sesión sin ponerse de acuerdo. Nada más humano. Pero, dígame, Profesor, ¿quién cree usted que está en lo cierto?

—¡Ah! La misma pregunta me formuló Melina. Pero no. Créame, Doctor, no es la mejor manera de enfocar la cuestión. Ni ellos están tan enfrentados como puede parecer, ni podemos ser tan reduccionistas como para pensar que se trata de tomar partido o por el buen salvaje o por el científico. El mundo natural, el mundo cultural y las diversas representaciones del mundo forman parte del Cosmos, de lo que Parménides llamaba el Ser. A nosotros nos importa el mundo a la medida del hombre porque el de los astros y el de los átomos, aunque existan, no los vivimos, son como montañas desconocidas en los mapas de tierras incógnitas. Pero eso no significa negar la ciencia, el conocimiento, el avance científico. Es lo que ha permitido mejorar los campos, levantar ciudades, brillar en las artes, progresar en la técnica, mejorar las condiciones físicas de una parte del mundo, educar y aprender sin tregua. Llegar desde Grecia hasta aquí con tan asombrosos progresos es prodigioso. Aunque no olvidemos que nos referimos sólo a una parte del mundo, a lo que llamamos Occidente y no es cuestión baladí que ese progreso deslumbrante se lleve a cabo a costa del resto, que mientras la mayoría de la población mundial sufre e incluso muere por falta de alimentos, agua potable y condiciones de vida digna, hay una minoría que muere de opulencia. Usted, Doctor, sabrá mejor que yo qué enfermedades se deben a carencias y cuáles son producto de los excesos y en qué latitudes abundan unas u otras. Por eso y porque los recursos del planeta no son ilimitados es lógico que recordando a Gauguin, Tierra vuelva a formular las eternas preguntas de «de dónde venimos y adónde vamos». Y es igualmente lógico que no hallen respuesta, que se planteen diferentes hipótesis. Lo importante es pararse a pensar, imprimir otro ritmo. La cuestión no es estar a favor o en contra del progreso, sino cómo progresar. Y en lo que están de acuerdo los Cuatro es en que el ritmo actual del progreso los arrolla, que la finalidad meramente economicista del progreso los destruye.

Luego, naturalmente, cada uno tiene su carácter. A usted, como a Melina, puede parecerle que Fuego es un bruto, que Tierra es demasiado pesimista, Agua un tanto ingenua y Aire más pragmático. Puede ser, puede ser. Cada uno de ellos se expresa a su manera y también nosotros percibimos las cosas a nuestro modo y construimos nuestra propia verdad. Lo hemos comentado ya, al tratar de la reunión en Tombuctú.

Una cosa más: cuando Agua vino a verme y me contó lo hablado en Tahití, se despidió de mí con esta reflexión: «A lo mejor el error está en pensar en que esto es el ocaso, cuando en realidad es la aurora». Me pilló por sorpresa y en mi desconcierto ni contesté, pero bien mirado es una apreciación admisible.

GINEBRA

—¿Qué? ¿Os gustó el paseo por los altos de la ciudad vieja?

Aire, Tierra y Fuego están en los jardines del parque Villa Barton, en las alturas que dominan el extremo del lago de Ginebra.

—Sí, Aire, fue muy interesante, pero me gusta más la vista desde aquí y en un día como hoy, con el sol de septiembre todavía tibio...

Fuego la interrumpe:

—No, no, adivinanzas como en Tahití, no. Mejor nos dices desde el principio para qué nos has convocado en Ginebra y te dejas los romanticismos para más tarde.

—¡Ay, no la atosigues, hombre! Además aún falta Agua. Déjanos saborear un poco esta ciudad tan apasionadamente independiente durante siglos y que acabó resultando internacional. Un buen ejemplo para la Humanidad.

—Sí —corrobora Tierra—, lo pasé muy bien subiendo por la calle de los anticuarios.

—A ti lo que te gustó fue aquella tienda donde ofrecían un barro cocido de Iraq con inscripciones.

—Por supuesto. Me emocionó haber dado mi mejor arcilla para que nos hable ahora, cuatro milenios después, en esa escritura babilónica, un dialecto del antiguo akádico. Trata de una venta de ovejas.

—A mí me encantan esos signos cuneiformes que, con su cabeza y su punta, parecen clavitos entrecruzados.

—Dado el material era inevitable, amigo. Antes de cocer la tableta, los escribas clavaban el punzón en la arcilla blanda y al trazar la raya, iban levantando la punta. Así se forma la aparente cabeza del clavo. ¡Cuántos escritorios había en Babilonia! Tantos como jardines: era una ciudad magnífica para la cultura y el placer de vivir. Quien entraba por la puerta de Marduk, su dios principal, quedaba seducido.

Fuego vuelve a impacientarse:

—Muy interesante. Pero ¿cómo no ha llegado Agua todavía? Estará curioseando tiendas por su cuenta. Y mientras la esperamos, ¿por qué no nos dices, al menos, a quién rendimos tributo hoy?

—¡Hola, perdonadme todos! Me he retrasado evocando a nuestra homenajeada en el lugar mismo en que murió, a la orilla del lago

Leman.

—¿De quién hablas?

—Sabes, Fuego, en esta ocasión Tierra me dejó elegir a mí tanto el lugar como el personaje. Soy yo quien quise venir a Ginebra y brindar en esta ocasión por Sissi, la emperatriz de Austria y reina de Hungría. Hace ahora unos ciento diez años que murió apuñalada por aquel anarquista, Lucheni. El lugar sigue igual, salvo la decoración del Hotel du Beau Séjour, donde se alojaba ella con la condesa Sztaray.

—¡Pues vaya elección! La ciudad me parece bien, pero ¿qué interés tiene esa señora? ¿Y qué pinta en nuestras tribulaciones?

—Yo, en cambio, te aplaudo —interviene Aire—. Fue una mujer muy independiente y libre, aprisionada por los estrictos rigores del protocolo imperial austríaco. Apoyó mucho a los húngaros en su afán de libertad hasta que se constituyó la doble monarquía.

Los Cuatro inician una acalorada discusión. Fuego se opone con su habitual vehemencia; Aire, en cambio, defiende la elección de Agua con fervor, y Tierra, más cauta, escucha atentamente sus razones:

—Fue una emperatriz desdichada, destrozada desde el suicidio de su hijo. Sinceramente creo que merece un recuerdo por su liberalismo en plena época reaccionaria. A mí me parece un buen símbolo de todas las contradicciones humanas de las que venimos hablando en nuestras reuniones. Una emperatriz luchando por la libertad, a su manera, desde dentro de su mundo, contra la férrea tradición de la corte de Francisco José, acaba víctima de un magnicidio con el que los anarquistas creían impulsar la revolución social. ¿No os dais cuenta?

Los tres la escuchan con atención y esperan la opinión de Tierra:

—Sí, era liberal, irritaba a los austríacos con su amor por Hungría, porque lo cierto es que era más feliz lejos de la corte vienesa galopando por la *puszta*, la llanura, o en su palacete de Gödöllö. Inculcó a su único hijo sus ideas, pero el archiduque Rodolfo no logró resistir la coacción tradicional para llevar a buen término las reformas. Como es sabido, acabó suicidándose en Mayerling con la mujer que amaba. Sissi le sobrevivió once años, pero fueron terribles para ella, que, además, había heredado las tendencias neuróticas de los Wittelsbach bávaros. Entiendo los motivos de tu elección, pero de todas maneras en Ginebra podrían proponerse muchos nombres. Rousseau, para empezar, nacido aquí. O Voltaire, que se refugiaba con frecuencia.

—O Miguel Servet, quemado por Calvino, el pastor protestante

que gobernaba Ginebra entonces —añade Fuego—. Pero, en fin, si tú, Tierra, das el visto bueno, yo también voto por esa resistente a las insoportables maneras y prejuicios de los Habsburgo. Eso sí, que conste en acta mi reparo por haber educado a su hijo blandamente. Debió animarle a emplear las balas con que se suicidó la pareja en cargarse al viejo autoritario Francisco José.

—Brindemos pues con su vino preferido, el Tokaji. He traído un par de botellas para la ocasión.

—Sí, alcemos nuestras copas y entremos ya en materia.

Los Cuatro brindan, saborean el Tokaji lo que ayuda a distender el ambiente y retoman las reflexiones iniciadas en Tahití sobre el cambio del mundo, del ser humano, sobre las repercusiones de esos cambios y su necesidad de adaptarse a ellos. Fuego piensa que los humanos no habrán cambiado tanto porque no han tenido tiempo. «Son unos recién llegados comparados con nosotros», afirma seguro. En cambio, Agua está convencida de que la Humanidad sí ha cambiado. Se enzarzan en una discusión que Aire intenta reconducir:

—Centrémonos en los cambios a partir de la Palabra que convirtió en humano al simio. Mejor aún, sólo desde la escritura, uno de cuyos comienzos fue esa arcilla cuneiforme de la que hablábamos antes. Es decir, estamos hablando de unos cinco milenios solamente. Por supuesto, que la evolución los ha afectado y donde más se aprecia es en el grupo humano que desde hace unos siglos domina a los demás e impone las grandes decisiones mundiales que nos preocupan, el llamado Occidente. Así y todo, el hombre occidental no ha cambiado gran cosa.

—¿En qué quedamos? Me confundes.

—No, hombre, no. Pero como siempre te impacientas... Lo que intento explicar es que, aunque la organización social y el modo de vida, gracias a los avances técnicos, hayan cambiado considerablemente, el ser humano como tal, las pasiones, los sentimientos y conflictos son los mismos que los reflejados en nuestro teatro griego.

Las palabras «teatro griego» sacuden a Tierra, que irrumpe con vigor:

—¡No compares, muchacho! Allí había todo eso y muchísimo más: grandeza, hondura, vida, misterio. ¡El teatro era sagrado! ¿Acaso lo habéis olvidado? Nació a la sombra de tu dios preferido, Fuego.

—Dionisos con sus bacantes y sus orgías divinizadoras, que duraron hasta Eleusis.

—Así fue. Nació religioso, pero luego se hizo político. Y educativo. Acordaos del gran Pericles, de su obsesión por enseñar a los atenienses a ser demócratas. Pero siempre con grandeza, inspirando respeto y emociones a la multitud. ¡Recordad a Epidauro! Su graderío lleno de gente absorta, muda, entregada. ¡Qué silencio! ¡Como una bóveda para resonar las voces brotando de la máscara del actor! ¡Si Agamenón desenfundaba su espada, el ruido del acero al resbalar contra la vaina se oía hasta en las gradas más altas y alejadas de la orquesta!

Agua asiente:

—Tienes razón, Madre, aquello era diferente, mucho más que espectáculo o diversión. Era la palabra humana tan en alto que hasta aparecía un dios hablando y se aceptaba su presencia dentro de la acción.

—¡Has dado en la diana, Agua: los dioses! —apostilla Fuego—. Si pensamos cómo retener la atención de los hombres, deberíamos tenerlos más presentes, aprender de ellos.

—No te equivoques, no somos elementos de los dioses. No te necesitan. Ni a Agua, ni a Tierra, ni a mí. No olvidemos que los dioses, al igual que nosotros, los mitos, sólo son mitos de la imaginación humana. Los dioses viven, como nosotros, en las mentes humanas porque hay palabras míticas sin referentes reales.

—Pero hacen que sus fieles trabajen o recen, maten o gocen.

«O me destrocen a mí y a mis criaturas vivientes», piensa Tierra sin intervenir. Conoce bien a sus compañeros, los ha oído discutir muchas veces y sabe que cuando el debate se empantana, es mejor esperar un rato. Por lo general, tras unas cuantas bromas u ocurrencias más o menos extravagantes, ellos mismos reconducen la situación. No le preocupa, pues, oír a Aire lanzar la idea de imitar a los dioses inventando una mitología para cada uno y proponer a Agua ser la diosa del agua. Por suerte, Agua se ríe:

—Ya está ocupado el puesto y hasta sobrecargado. Recuerda a Poseidón, Nereo, Tetis, las Oceánidas... Y en todas las culturas hay dioses del agua. Nosotros no somos ajenos a los hombres, como lo son los dioses. Estamos adheridos al organismo humano: la sed, por ejemplo. Tu idea no funciona.

Pero Aire no se rinde. Consciente él también de que no va por buen camino, busca desesperadamente una salida para continuar:

—¿Y el alma? El alma no está en los cuerpos, Agua, pero está en las creencias, siempre motivadoras y dominantes.

Fuego, que continúa burlón y tal vez algo celoso por la galantería de Aire hacia Agua, los desafía:

—Estoy recordando algo que oí hace poco en las reuniones de una secta en Dakota del Sur. Conscientes de que su Iglesia está perdiendo fieles, ante los reproches por su estancamiento y anacronismo, deciden modernizar su lenguaje para mantener la fe. Emulando la jerga de la economía, tratan de explicar las cosas diciendo que en el espacio se mueven las almas flotando como semillas en el viento. Necesitan, como si fuesen plantas, un barro donde arraigar y ése es precisamente un recién nacido. Una de ellas se fija en él y el niño se convierte en su depositario y cuidador durante toda la vida, teniendo que dar cuentas de su trato al alma. Entonces, apenas nacido, la Iglesia, constituida como empresa mercantil, interviene. Véase la astucia: uno de sus empleados toma nota del niño y a partir de ese momento queda unido a la Iglesia por un contrato tácito en el que la institución presta servicios de mantenimiento y reparación, siempre dispuesta a acudir cuando el alma sufre lesiones y deterioro. Naturalmente, el beneficiario de estos servicios contribuye aplicadamente a los gastos colectivos y acepta la voz de la Iglesia con sumisión y sin cuestionamientos. Y es que la Iglesia actúa también como agente de seguros, pues si se llega al final de la vida con el alma impoluta, garantiza un puesto eterno ante la presencia de Dios. ¿Qué os parece? ¿Encontráis alguna moraleja para nosotros, tan preocupados en cómo hacernos respetar?

Ríen. Pretenden brindar nuevamente por tan sensacional invento, pero Tierra lo impide:

—¡Ya está bien! Confié a Agua la organización de este encuentro para no parecer la madre marimandona. No lo está haciendo del todo mal, pero os falta un poco de orden y concierto. Un poco de seriedad. ¿Cómo, si no, le vas a contar este encuentro al Profesor si es como pensamos, seguro que apreciaría, me atrevería a decir exigiría, un poco más de rigor y seriedad. Y tú, Fuego, no me mires así. Ya sé que tengo tendencia a ponerme trascendente y que en ocasiones hay que distender un poco el ambiente, pero no conviene pasar al otro extremo y tratar los temas de creencias, conciencia y de ideología con tanta frivolidad. En nuestros encuentros anteriores ya hablamos de las creencias, la verdad vital y la relación entre mundo natural y cultural. Adentrarnos ahora en el mundo ideológico parece la continuidad natural, y empezar con el tema del alma como sugiere Aire es una buena manera de centrarnos.

—Como siempre, tienes razón, querida. Así y todo, mi parodia también encierra lo suyo, no creas. Pero es cierto, hablemos en serio. A mí me gustan las culturas que tienen dos almas, como los

egipcios que tenían Ka y Ba. ¡Así solía oír a los embalsamadores de las pirámides! También los chinos tenían dos...

—Pues yo, en cambio, prefiero a los indios; para ellos sólo hay una, el Atman, propia de todos. En eso también coincido con el Profesor, él se dice advaita. El cristianismo también cultiva sólo una, pero de otra manera. San Agustín popularizó la idea de representar al hombre como un jinete formado por el alma a caballo del cuerpo.

— Y esa imagen inculcada desde la infancia condiciona las mentes. Pero la existencia real del alma no ha sido nunca comprobada. La mayoría, en Occidente, cree en el alma, aunque no la cuide mucho. Se parte de la creencia de que el hombre es el único ser que la posee. Ése es el origen de su conducta. Al ser el único poseedor del alma, se considera superior al mundo natural y a todos sus seres gracias a su inmortalidad. Su religión le declara Rey de la tierra y, pensando así, lo importante es salvar al eterno jinete del alma. El caballo, el cuerpo mortal, es secundario y transitorio; la carne es incluso enemiga del jinete. Forma parte del mundo natural, creado para el Rey.

—Por lo tanto, si el cuerpo importa poco, no me extraña que mi mantenimiento no les interese —se lamenta Tierra.

—No, Madre, esa idea es falsa —se apresuran Aire y Agua al unísono.

—Por completo —sigue explicando Aire—. La mejor comparación no es la del hombre con el jinete, sino verlo como un centauro. Un ser único, completo, situado, además, en la punta de lanza más avanzada del progreso humano. Un ser excepcional, hecho de los mismos materiales de todo el universo, pero privilegiado gracias a su capacidad de pensar con las palabras. Esa superioridad infunde al hombre una sensación de inmenso poder y seguridad, de fe en la técnica y de irresponsabilidad en el destrozo del medio ambiente. Al sentirse superior y privilegiado, el ser humano se considera dotado de impunidad. Y, además, está su dios que le inspira y le manda. Cree obrar a su servicio y eso le justifica. En su nombre, si es necesario, desata guerras o dicta sin escrúpulos la pena de muerte. Los inquisidores han mandado a la hoguera tranquilamente a los enemigos de su fe.

—Pero existen otras culturas y otros conceptos —retoma Agua —. El taoísmo chino, por ejemplo, se basa en sentirse parte del Cosmos y buscar la armonía insertándonos en el Todo, viviéndolo. Muy al contrario, el hombre occidental en lugar de insertarse en su mundo, actúa sobre él, en ocasiones de manera disparatada, casi

suicida.

La conversación se detiene. Necesitan un respiro y, en esta ocasión, siguiendo la anterior advertencia de Tierra, prefieren buscar alivio en el silencio, en la callada reflexión individual. Sin hablarse, los Cuatro recuerdan la visita a tierras saharianas, donde además del té moruno y los pastelitos, interiorizaron la importancia de las creencias y la verdad vital.

Finalmente Aire, aparentando dotes para leer el pensamiento de todos, y como si fuera un secretario leyendo el acta, lo resume así:

—Estamos de acuerdo. El problema no son los dioses, la religión o la creencia de cada cual. El problema está en el fanatismo de una mayoría y la astucia de la minoría en manipular y aprovechar en beneficio propio la fe ciega en esa futura vida inmortal. Se atemoriza a la gente con el tránsito a la otra vida en vez de enseñarles a defender y disfrutar la terrenal, que es la suya por nacimiento. Así no es de extrañar que el enorme poder que proporcionan los logros técnicos y científicos de la sociedad occidental se destine al enriquecimiento material de unos pocos. Y lo que es peor, donde radica nuestro problema: esos pocos sólo piensan en su beneficio a corto plazo, sin importarles los límites ecológicos.

—Bien dicho, ésa es la palabra decisiva: los límites ecológicos —asiente Agua con entusiasmo—. Mientras los avances técnicos progresaron a un ritmo lento, los hombres no tuvieron que preocuparse de la comprensión ecológica de su morada terrestre, pero en este último siglo el potencial destructor que poseen es enorme. Con semejante peligro la guía básica no puede ser el beneficio económico. Pero a los que mandan les faltan escrúpulos y a los mandados educación, formación, conocimiento. O, como me dijo el otro día el Profesor: «Los que pueden no quieren y los que quieren no pueden».

Sí, deberían sustituir la persecución del lucro como interés prioritario por otras motivaciones más dignas de guiar la voluntad humana —retoma Aire—. Rescatar valores como la libertad, la dignidad y, por encima de todo, la Vida misma. Pero estamos cayendo de nuevo en el error de criticar, juzgar, sentenciar a los humanos como si estuviera en nuestras manos cambiarlos. Una vez más, sin pretenderlo, casi sin percatarnos de ello, hemos cambiado el punto de vista. De lo que debemos hablar no es de ellos sino de nosotros mismos en relación con ellos, que es distinto.

—Naturalmente, pero está todo tan interrelacionado... Para saber qué debemos hacer, hay que analizar la situación y para

analizarla es imprescindible hablar de los humanos que nos han traído hasta aquí —le replican los demás.

—De acuerdo, en eso habíamos quedado al iniciar estos encuentros, pero si nos descuidamos, nos convertimos en el valle de las lamentaciones sin salidas.

—Bien. ¿Y qué nos sugieres, Don Perfecto?

—Pues yo no domino bastante el tema, pero como me preocupa que los hombres nos sustituyan por otros elementos, procuro leer todas las informaciones científicas a mi alcance. Fijaos, los físicos cuánticos ya apoyan su visión del mundo en ciertas fuerzas o relaciones básicas y, curiosamente, también son cuatro: la gravitatoria, la electromagnética, la nuclear fuerte y la nuclear débil. ¿No os suena alarmante?

—Pero si tú mismo dices que no lo entiendes, ¿qué pretendes que opinemos nosotros? No digamos ya ¿qué podemos hacer?

—Pienso en el consejo de Vida. Estar más presentes en las mentes humanas. Eso debemos hacer. Antes hablábamos de la religión y los dioses. No me tomasteis en serio, pero lo cierto es que necesitamos creyentes en nosotros.

—Suponiendo que eso tenga sentido, ¿cómo piensas conseguirlos, listo?

—Aunque tú, Fuego, no lo consideres, dejadme exponer mi idea.

—¡Adelante! Y sin suspicacias, ¿eh?

—Necesitamos creyentes. Hasta ahí de acuerdo, ¿no? Imaginemos que tenemos una Iglesia o, mejor, una organización mundial con expertos. Es sabido que todas tienen técnicos y asesores. Supongamos la existencia de especialistas en los Cuatro, estudiosos de nuestro pasado, conocedores de cómo alimentamos las vidas y las necesidades terrestres. La organización a través de sus centros de estudios divulgaría esos conocimientos y enseñaría cómo cuidarnos a los Cuatro, purificarnos, aumentarnos. En el fondo sería la tendencia ecológica actual, pero no con frialdad técnica sino con el fervor y el entusiasmo de Vida. Con la pasión que los jóvenes de hoy, desdeñosos de la política y la religión, ponen en el deporte y en los estadios... Desde las mentes humanas pasarán a los actos, innovando por completo sus ideas y sus planes... ¿Qué me decís, no os parece genial?

—Genial, lo que se dice genial... no sabría decirte, hijo. Novedoso sí parece. Tanto que deberíamos pensarlo un poco antes de seguir. Ha sido un día agotador. ¿Qué tal un descanso?

En esto del descanso sí hay unanimidad, aunque no tanto en el dónde y el cómo. Agua propone acercarse al lago, pero Tierra

prefiere quedarse en los jardines y contemplar la ciudad desde lo alto y el Mont Blanc desde abajo. Como es natural, Fuego se queda con Tierra y Aire acompaña a Agua. De ese modo, las conversaciones fuera de reunión continúan por separado. Tierra comenta a Fuego lo bien que se llevan esos dos y él le recuerda que son jóvenes:

—Cuando aparecieron sobre el planeta tú y yo llevábamos más de un millón de años rodando por el espacio.

—Tú aún me ganas. Me diste la vida.

—Sí, y fue una delicia sentirte crecer en mí, llevarte en mi bola de fuego en torno al Sol. Como una antorcha volante. Luego creciste, reclamaste más sitio en mí... ¡Cuántos movimientos y sacudidas para instalarte a tu gusto! ¡Como un gatito enroscándose para dormir! Y, ya ves, ahora me envuelves.

—Para guardarte mejor. ¿Acaso te quejas?

—No, al contrario, estoy muy cómodo. Con mis escapadas volcánicas me conformo, pero a veces me gustaría la libertad de esos dos, realizarme en sólo una inmensa llamarada.

—¡Dios nos libre! Aire me ha parecido un tanto osado. Critica la arrogancia humana pero él se lo cree demasiado. Ya he advertido a Agua; esa chica es demasiado ingenua. No debe fiarse tanto; Aire tiene demasiado oxígeno, de ahí le vienen sus osadías.

—¡Pero si Oxígeno sólo es el veinte por ciento de Aire! Más de tres cuartos es Nitrógeno.

—¡Pobre Nitrógeno! Suerte que actúa de freno, pero Oxígeno lo mangonea a su capricho.

—No es tan poca cosa. No hay vida sin él.

—Contribuye, pero no impulsa. Es como un cable conductor. La fuerza es Oxígeno y no me fío.

—Pues también está en Agua. ¿Te fías de la chica? Recuerda cómo se liberó del océano que quería llevársela.

—¡La salva Hidrógeno, el número uno! Por eso siempre está tranquila, serena en sí, aunque tormentosa si hace falta. Pero entre nosotros no será necesario; estamos bien unidos, nuestro problema es otro.

—Sí, los enanos que te destrozan.

Mientras Tierra y Fuego siguen hablando, Agua y Aire caminan por una hermosa avenida. En el jardincillo de una plazoleta aparece ante su vista el lago próximo, y emergiendo en su orilla, ven saltar hacia las nubes una robusta columna cristalina que, muy en lo alto, se desmorona, se abre en círculo como un líquido capitel y cae sobre sí misma en envolvente lluvia. Es el famoso surtidor, el Jet

d'Eau ginebrino, orgullo y emblema moderno de la ciudad. Se sientan en un banco público y Agua se regodea en su propia contemplación.

—Me encanta verme así, llena de ímpetu.

—De violencia casi. No pareces tú misma.

—¡Claro que lo soy! Estás acostumbrado a tenerme siempre dócil, pero no soy tan blanda.

—Lo sé, recuerda que las tormentas las armamos juntos, sé muy bien de lo que eres capaz, pero me encanta tu dulzura.

—Claro, como te encanta tu dichoso Nitrógeno.

—¿Qué insinúas?

—Madre me ha prevenido. Dice que no me fíe de ti, que juegas con los dos: con Nitro y conmigo.

—¡Esa vieja Tierra, vaya entrometida! ¡Pero si Nitro soy yo mismo! Igual podría quejarme de Hidrógeno, que te obsesiona. No estarás celosa, espero.

—¡Ni pensarlo! Y menos hoy que me tienes tan impresionada. ¡Qué visión de futuro la tuya! ¡Qué audaz!

—No puede ser de otro modo: se trata de nuestra supervivencia. Y tengo muchas más ideas. He preferido no seguir por si os parecía atrevido, sobre todo, a nuestros dos mayores, pero tú eres capaz de seguirme. Y ayudarme. Me anima encontrar tu buena acogida porque tengo muchas ideas.

Agua envuelve a Aire con la caricia de su mirada y añade susurrante:

—¿Por qué no emprendemos viaje ahora mismo?

Se levantan del asiento y, enlazados de la mano, caminan hacia la ribera del Leman.

Aquella tarde se produjo en el lago, cerca de la orilla norte, a la vista de Lausanne, un extraño fenómeno meteorológico nunca visto antes, según comentó la multitud que pudo contemplarlo atónita. Inesperadamente, en la serenidad del día, con el lago como un espejo, sin nubes, de pronto una suave onda, extrañamente alargada y solitaria, alteró y estremeció la superficie líquida. Le siguieron más rizos suaves y luego cabrilleos como piel cosquillosa. Crecían las ondas, se encrespaban veloces, saltaban, pero ningún viento agitaba los árboles de la orilla. En un corro del lago brotaron crestas de espumas mientras a su alrededor el agua no se movía. Y de pronto se alzó una gigante ola como una cordillera, afiló su línea cimera, se curvó como creando una alargada concavidad en

movimiento. Por un momento se mantuvo hecha caverna azul bajo un dosel líquido, pero éste se desplomó envolviendo el aire capturado así en su concavidad. Una agitación hirviente estalló en encajes de alborotada espuma... Poco a poco todo volvió a su quietud, pero la gente siguió comentando mucho tiempo aquella erupción orgásmica del lago.

* * *

—Profesor, me abruma. No descansa, ¿eh? No sé qué le voy a decir a su hija en su próximo viaje.

—Por eso no se preocupe. Mi hija es buena chica, no le va a reclamar nada. Ella sólo se preocupa por la salud de su padre. Y es natural. El problema es que no acaba de entender que mi suerte está íntimamente ligada a la de los Cuatro y eso, honradamente, no se lo puedo reprochar.

—No, claro, ni a ella ni a nadie podemos reprochar que no entienda a los Cuatro. Hum.

—Pero si usted lo ha entendido, si verdaderamente está conmigo, ya se le ocurrirá algo convincente. Es su deber.

—Sí, descuide, estoy con usted. El problema es que son ustedes infatigables. Ni usted ni los Cuatro descansan un minuto y ese ritmo me cuesta seguirlo incluso a mí. Aún no hemos terminado de analizar sus relatos anteriores y ya me pasa Melina otro, más denso todavía. ¡Y mire que me gusta a mí Ginebra! Pasé allí unos cuantos años trabajando para la Organización Mundial de la Salud.

—¿Sí? Pues mire, otro punto en común. También yo viajé mucho a Ginebra por motivos profesionales y tengo los más vivos y gratos recuerdos de la ciudad como ejemplo de paz, convivencia y civilización.

—Ya. Luego comentamos nuestros recuerdos. Mi obligación ahora es centrarnos sobre el relato. Me ha sorprendido el papel de Aire. No lo creí tan imaginativo.

—Sí, también a mí me ha sorprendido gratamente su sentido casi publicitario para mantener vivos a los Cuatro. Lo que no comparto es su equiparación del hombre al centauro en lugar del jinete agustiniano.

—Melina dice que lo considera usted una falsa fusión.

—Exacto. ¿Ve qué bien me entiende esa muchacha? Es una falsa fusión. Y poco afortunada: más bien rebaja los dos términos en vez de darle un nuevo impulso a la figura. Francamente, me sorprende que un elemento tan helénico como Aire olvide lo que fueron los

centauros: un pueblo malévolo y dañino, culpable de serias fechorías.

—Visto así...

—Bueno, quizá Aire lo ha evocado pensando en Quirón. Pero ése fue un centauro excepcional de distinto origen que la tribu, hijo de Saturno. Creció en talento y conocimiento, tanto que llegó a ser maestro de figuras como Ulises o Aquiles, además de ser un diestro cirujano. Sí, Quirón es una figura respetable. Sin duda, pero esa excepción no puede justificar la equiparación del hombre con los centauros a los que el propio Hércules tuvo que derrotar y vencer para acabar en sus amenazas. ¿No cree?

—No sabría decirle, no estoy tan versado en la materia como usted. A mí, lo que me ha llamado la atención es la preocupación de Aire por incrementar la importancia de los Cuatro en la ideología humana.

—Muy inteligente por su parte. Ese error marginal no le ha desviado de lo esencial. A mí se me ocurre que deberían quizá pensar en completar su grupo y hasta quizá encontrar un líder mítico que llamara más la atención de los hombres. Incluso una mujer, una profetisa, podría ser novedad interesante. O añadir un elemento más que modernizara por completo el grupo y que sería la Energía, fuerza innegable y reconocida por los hombres en el mundo de hoy, incluso precisamente por los más avanzados en la ciencia.

¡Y para esas reflexiones qué acierto la elección de Ginebra! Una ciudad que combina una fuerte individualidad con vocación totalizadora. Por su posición geográfica uno de los más efectivos centros de Europa: en su cuenco de montañas entre los Alpes y el Jura, con el magnífico lago del que escapan las aguas del Ródano hacia el mundo mediterráneo, navegado por la Grecia de los Cuatro. También por su historia: después de la Edad Media, Ginebra lucha contra sus vecinos, para salvar su libertad, se alía con unos contra otros: Saboya, Berna, Francia. Se independiza, se constituye República y acaba uniéndose a Suiza, que en su límite opuesto ofrece el paralelo del lago de Constanza, con el Rin fluyendo hacia el norte y el Atlántico. Es el país actual que mejor puede darnos idea de lo que fue Europa. Su constante progreso la llevó a su cima económica y financiera. Su independencia la hizo sede de organismos internacionales como la Cruz Roja, la Unión Postal y, sobre todo, la Sociedad de Naciones instalada allí en 1919 hasta la Segunda Guerra Mundial, como primer intento de una dirección mundial de la política y economía. En suma, Ginebra es un modelo

de ciudad libre, autónoma, basada en sí misma y, al mismo tiempo, un centro de la más amplia convergencia internacional para actuaciones comunes. Sin embargo, la Segunda Gran Guerra introdujo un cambio tremendo en la estructura mundial con su desplazamiento transatlántico. Europa misma se ha derrumbado ya. La llamada unión es un campo de negociación para mercaderes.

—Y en el relato, los Cuatro subrayan el refugio de libertad que fue la ciudad para gentes como Voltaire y para muchos perseguidos en Francia por las guerras de religión.

—Sí, hacen bien en recordarlo, pero es preciso matizar y saber quién disfrutaba esa libertad. Un personaje como Calvino, creador indudable de la Ginebra que conocemos, abrió sus puertas a perseguidos pero también fue rígido y dogmático sacrificando a otros como nuestro Miguel Servet, algo que usted, Doctor, supongo tendrá bien presente.

—Sin duda. A él especialmente por mi profesión, pero no hay que olvidar a los demás «herejes» que llevó a la hoguera.

—Pese a ello, Calvino fue de todos modos un hombre decisivo, mucho más de lo que podía apreciarse en su tiempo y no sólo un gobernante y eficaz ordenador de la ciudad. Puede tomarse su figura como símbolo del profundo tránsito que se produjo en su siglo en cuanto a la evolución humana.

—Pues sus amigos, los Cuatro, afirman que los hombres no han cambiado tanto en comparación con la época clásica.

—Cierto, estoy de acuerdo con ellos, los hombres no han cambiado tanto, pero sí las creencias y los valores consiguientes, arrastrando consigo decisiones nuevas y transferencias del poder. A la importancia de la fuerza en los tiempos heroicos siguió luego con el cristianismo la entronización de Dios como referente. Y Calvino, desde el protestantismo, responde plenamente a ese valor religioso decisivo, pero al mismo tiempo, y ahí reside su singularidad, si bien por origen y conducta encaja en la época teocrática medieval que acababa en su tiempo, por otra parte abre la puerta a lo que iba a ser la encarnación del poder en los tiempos modernos, que es el dinero.

—¿Se refiere usted a la sustitución de Dios por el dinero como referente?

—Así es. Me refiero a ese cambio de valores. Para entendernos, me atrevería a decir que Calvino fue una figura decisiva en el pensamiento occidental para lo que hoy llamaríamos blanquear el dinero. No me mire así, Doctor, se lo explico en pocas palabras: frente a la tesis tradicional precedente de la Iglesia, que veía en el

oro un peligro y condenó incluso el cobro de intereses por los préstamos durante algún tiempo, Calvino sostuvo la idea de que el hombre que se enriquecía con su trabajo y su inteligencia era grato a los ojos de dios. Esta legitimación del dinero fue decisiva como un nuevo valor frente a los que dominaban la sociedad medieval. Y desde entonces, a lo largo de las épocas que los historiadores llaman moderna y contemporánea, el dinero como referente ha llegado a ser decisivo. La misma Iglesia es hoy una fuerza mucho más importante para la política que para organizar la vida espiritual de la sociedad occidental que hoy se fija en otros intereses. La vieja polémica entre la ciencia y la fe, reavivada cada día con el progreso científico, desplaza en interés al tema de la existencia de Dios que es tan indemostrable como su inexistencia. Exista o no exista Dios, lo importante son sus creyentes y, sobre todo, la intolerancia con que se mueven.

—¡La Iglesia! Siempre acabamos en ella y, no sé si se ha percatado, pero al llegar a ese punto, cambia su tono. Perdone, si no le interpreto, pero diríase que para denunciar la intolerancia de la Iglesia el que se vuelve intolerante es usted. Me temo que su anticlericalismo radical le hace incurrir en algunas contradicciones. En ocasiones insiste usted en distinguir entre Iglesia y creyentes y en otras, como ahora, dice que los creyentes se mueven con intolerancia.

—No se confunda, mi tono es de indignación, no de intolerancia. Y puede que antes no me haya expresado bien del todo, pero lo que le quería decir es que coincido con los Cuatro en su apreciación de cómo la idea del alma conduce a una actitud que aleja al hombre de la naturaleza global. A mí me interesa el ser humano y, tal y como yo lo veo, la mejor imagen de lo que significa el hombre en el Cosmos no es por supuesto ni el jinete agustiniano ni el centauro de Aire.

—¿Con qué imagen lo expresaría usted?

—Con la de una neurona.

—¿La neurona? Pues me lo va a tener que explicar porque, dicho así, no lo veo.

—Dicho así puede que no, pero lo entenderá enseguida. ¿Nos queda tiempo?

—En rigor, no. A nuestra sesión de hoy le queda un minuto, pero, si no le importa, no quiero quedarme colgado con lo de la neurona.

—Tan sencillo como una regla de tres: la neurona es al hombre lo que el hombre al Cosmos. Desde el Renacimiento el hombre ha

visto el organismo humano como un microcosmos reproductor de la estructura del Cosmos, una imagen del Todo. Es decir, la situación del hombre como partícula del Cosmos es similar a la de la célula como partícula del hombre. Dicho de otro modo, dentro del Cosmos que es el Todo, el hombre sería equiparable a una célula, pero no a una cualquiera, sino a la única célula pensante. Las neuronas, con sus variedades motoras, sensoras y otras, con sus ejes y dendritas enlazándose entre ellas, formando grupos como los conjuntos humanos sociales, son para mí la mejor imagen del ser humano, con su privilegio del pensamiento y de la idea para la acción.

—Si no entramos en detalles científicos, como metáfora literaria es bastante expresiva. Ya me hago una idea de lo que quería decir.

—Me alegro. Sí, yo veo al hombre como a una neurona; es decir, como la célula pensante, única por ello entre todas las demás, pero no más que una célula. En el Cosmos Todo depende de Todo. Piénselo. En estos tiempos la palabra mágica parece ser la «Innovación». Se inventa y se progresa aceleradamente con la obsesión principal de incrementar la productividad. El hombre occidental embriagado de su supuesta superioridad se considera creador, pero sólo es una ilusión. Todos nos movemos dentro de un ámbito envuelto en otros ámbitos y cuando en el conjunto global creemos hacer brotar algo, en realidad sólo estamos siendo ejecutores del resultado total.

¿Me sigue, Doctor? Ya, ya sé que es la hora, que usted sólo quería saber lo de la neurona, pero esto es importante y ya termino.

Mire, los antiguos entendían esta interdependencia poniéndola en manos de designios divinos superiores a los humanos. Los griegos hicieron del Destino un dios superior a todos los demás, tan antiguo como el Caos. Lo representaban con los ojos vendados para no admitir influencias, situándole en un altar con un libro de hojas de bronce donde todo estaba escrito, pasado y futuro. Ni el mismo Zeus podía modificar el Destino. En cambio, los hombres actuales se atreven a transformar el mundo según sus deseos o intereses: una pretensión que no puede acabar, si se persiste en ella, más que en el fracaso de la Humanidad. Así lo pensaban los antiguos.

—Sin ir tan lejos en la historia. Más recientemente, el filósofo Jean-Jacques Rousseau a quien sus Cuatro admiran mucho. Sin embargo, me ha llamado la atención que siendo ginebrino y estando a punto de cumplirse el tercer centenario de su nacimiento, no haya sido el homenajeado por ellos en Ginebra.

—Comprendo. Cosas de Agua. Es muy sensible a las historias de amor y Sissi no deja de ser un personaje curioso. Pero coincido con

usted: yo también hubiera preferido el homenaje a Rousseau. Es la encarnación de la nueva Europa que surge en el siglo XVIII, al pasar desde la razón cartesiana al prerromanticismo y la libertad de la Revolución. Defendió que el hombre es bueno por naturaleza pero acaba corrompido por la civilización. Yo también lo creo y no porque ésta sea mala en sí misma, sino porque seguimos un camino errado. Rousseau combate la soberbia y las falsas creencias y defiende la hermosa fuerza de la vida y el progreso en armonía, lo contrario de lo que estamos haciendo hoy con nuestro empeño en transformar el mundo.

—Pero, si me permite una objeción, hace tres siglos, con una producción agrícola natural y una técnica sencilla, tampoco íbamos muy lejos.

—Cierto, pero hoy, con la población humana multiplicada por doce y con unos medios de destrucción que incluyen hasta la explosión nuclear, es una amenaza catastrófica.

—Bueno, bueno, Profesor. Termino la sesión de hoy como la empecé. Me abruma. Como dice usted mismo, sólo soy una pequeña neurona y no debo ser la más privilegiada de todas. Un respiro, por favor.

—María, tenga la bondad, archíveme todas estas notas en el expediente del Profesor. Ya las veré mañana; hoy me ha dejado exhausto.

—Pues prepárese, Doctor, que los Cuatro se nos van a Venecia. Sí, sí, no me ponga usted esa cara. Lo sé de buena tinta.

—Muy enterada la veo. No, si aún será verdad que es usted Melina.

—Eso, una griega infiltrada —bromean mientras se despiden.

VENECIA

El cielo brumoso apenas deja pasar un rayo de sol hasta la laguna veneciana. En el Hotel de los Baños, junto a la cristalera, sentados en torno a una mesita, tres personajes que nadie podría reconocer contemplan la laguna. Fuego, Aire y Tierra caracterizados y vestidos con las apariencias humanas que les ofreció Vida para que pudieran desplazarse y moverse entre la gente, descansan tras el desayuno. De vez en cuando una ráfaga de siroco les roza con olores algo fétidos de las aguas más estancadas, pero ello no perturba su plácida sobremesa. Tampoco llaman la atención de los huéspedes que se mueven por el salón. Al contrario, los sorprendidos son ellos.

—¡Qué raros van los turistas! —exclaman al verlos.

—No son turistas, son gente del cine, ataviados con trajes venecianos del siglo XVIII y ahora mismo se dirigen a los *vaporettos* o a las góndolas que los llevarán a los estudios cinematográficos.

—Claro, es verdad, anoche oí que se está rodando una película de época.

—¡Tantos!

—Bueno sí, son bastantes, pero aún parecen más porque estamos en vísperas del famoso Carnaval de Venecia y algunos ya preparan sus mejores galas. Sin duda la productora americana aprovechará escenas reales de los desfiles del carnaval. Seguramente, los que, además de divertirse, aspiran a sus minutos de gloria, intentan dejarse ver por el hotel y mezclarse entre la troupe.

—Por muy americanos que sean no deberían perderse la escena de las bodas del Dux de la Serenísima República con el mar —suspira Tierra—. Magnífica procesión celebrada siempre con la mayor solemnidad. ¡Maravilloso! El Dux vestido con sus más ricas galas sube a bordo del buque ceremonial de la Serenísima, con todo su séquito y gobierno. Navegan todos por el Gran Canal, seguidos por un tropel de góndolas hasta la apertura del puerto. Allí, solemnemente, el magistrado arroja al mar un anillo de oro que es el símbolo de la vinculación de Venecia con el mar.

En ese momento una dama veneciana tocada con su gracioso sombrerito en forma de tricornio y con el velito que le cubre la cara, como era moda en 1700, aparece en la puerta del comedor y avanza rápidamente hacia los tres amigos que la reconocen bajo su

disfraz.

—¡Caramba, Agua! ¡Al fin apareces!

—¡Y vestida como esos actores americanos!

—Sí, perdonadme. Anoche me invitaron a acompañarles en su recorrido. Creo que lo llamaron «localización de exteriores». Fue un interesantísimo paseo en góndolas por los canales y lugares que servirán de escenario para el rodaje. Les hizo de cicerone un actor secundario descendiente de una vieja familia veneciana y que les ha descubierto los secretos de algunos rincones de la ciudad.

—Verdaderamente aquí pasan cosas difíciles de imaginar.

—Sí, es una ciudad mágica. Siempre llamó la atención de historiadores, viajeros y políticos. Uno de ellos muy notable, Napoleón. Para Napoleón Venecia era el mejor Salón de Europa.

—Ya, pero fue precisamente Napoleón quien acabó con la República veneciana, entregándosela primero a los austríacos y después a los italianos.

—¡Quién sabe! Tal vez Napoleón sintió tanta admiración como envidia de esta maravillosa ciudad. En cualquier caso, os reitero mis disculpas. Confieso haberme dejado seducir por los encantos dieciochescos hasta el punto de dormir soñándome nuevamente en Aranjuez, con la falúa real navegando por mis aguas del Tajo, todavía sin contaminar ni trasvasar. La voz de Farinelli cantando para Fernando VI y Doña Bárbara. ¡Qué delicia! Pero todo sueño llega a su fin. En este caso fueron los rayos de sol entrando por mi ventana sin las persianas cerradas (porque me acosté muy tarde, o muy temprano según se mire) los que me devolvieron a la realidad. Y la realidad incluye el contraste entre el Tajo actual con el de mis sueños. Recordé que no estaba aquí para dejarme deslumbrar por peliculeros dieciochescos y gondoleros cantando tarantelas. No, mi sitio, mi deber hoy es esta reunión, mis preocupaciones las vuestras y mis compromisos los que adquirimos ante Vida. Vine corriendo, pero contando con vuestra comprensión decidí conservar el disfraz. ¿Habéis empezado ya?

—¿Cómo íbamos a empezar sin ti, pequeña locuela? Te esperábamos con indulgencia, aunque algo preocupados. Fuego ya quería salir en tu búsqueda. Aire le disuadió temiendo su carácter explosivo. Yo misma empezaba a inquietarme, pero, por suerte, estás aquí radiante y al mismo tiempo humilde. Además, esa experiencia que acabas de vivir sólo puede beneficiar nuestro trabajo. Empecemos pues. Lo haremos, según nuestra costumbre, homenajeando a alguien destacado. Si en Ginebra fuiste tú quien eligió personaje, aquí en Venecia le toca a Fuego. ¿Quién es el

elegido?

—Sin duda, Giacomo Casanova.

—¡Cómo no! —exclaman riendo los tres, pero Fuego no se deja amilanar.

—¡Menos risitas y más atención! Es mi turno, de modo que escuchad atentamente, como yo escuché la presentación de Sissi:

»Jacobo de Seingalt, como se hizo llamar el caballero, fue un personaje extraordinario y muy representativo de su propia ciudad. Sí, una de las figuras más interesantes de todo el siglo XVIII no sólo en su patria veneciana sino en toda Europa. Y, aunque entre todas sus virtudes, la más conocida es la de seductor de mujeres, lo creáis o no, no es por ella que lo he elegido como personaje de honor. Ya sé que soy el más bruto de los Cuatro, pero, sea porque se admira lo que no se tiene o por la atracción de los opuestos, os dejo el análisis a vosotros, el caso es que es precisamente el refinamiento, la cultura y el ingenio de Casanova lo que me mueve a sentarlo hoy a nuestra mesa. El ingenio, la determinación y astucia que hacen falta para llevar a cabo una fuga como su escapatoria de la Prisión de los Plomos, por ejemplo, merece toda mi admiración. Fijaos: un calabozo de alta seguridad, techos cubiertos de plomo que torturaba a los presos con un calor horroroso, vigilancia extrema, complementada con un delator infiltrado cuya misión secreta era sonsacar a Casanova acerca de los secretos de sus hazañas. Pues bien, consiguió escaparse. En el calabozo justo encima del libertino Casanova estaba prisionero un fraile con el que consiguió comunicar e intercambiar libros religiosos. Los guardianes, más brutos que yo, autorizaron el trasiego de libros escritos en latín sin la menor sospecha de la utilidad del latín y la religión para urdir un buen plan de fuga. El fraile, menos vigilado que Casanova, contaba, además, con la ayuda de sus compañeros frailes que le visitaban asiduamente. Así pudo agenciarse unas llaves de la celda de Casanova y encargarse de abrir un agujero en su suelo para dejarse caer al calabozo de abajo. Mientras con mensajes en latín tramaba la fuga con el fraile, Casanova hizo creer al delator compañero de celda que Dios los iba a salvar enviándoles un ángel. Todo preparado, llegada la noche, el fraile del piso superior acabó de abrir el boquete en el suelo, se dejó caer de golpe en el calabozo de Casanova, donde beatífico, se declaró enviado por Dios, aturdió al confidente y huyó a escape con Casanova. ¿Qué os parece?

—¡Fantástico! Lo increíble es que el confidente se tragase el cuento de que el fraile era un ángel salvador.

—Tal vez le engañara su repentina aparición cayendo a través

del techo y más después de haberle oído a Casanova profetizar sobre ello.

—De todas maneras, lo importante en la vida y en la figura de Casanova no es solamente ésta y otras anécdotas verdaderamente ingeniosas, sino que Casanova fue muchas cosas. Era un hombre culto, llegó a traducir al italiano el poema homérico de la *Ilíada*, hablaba diversos idiomas. Era también músico y destacó en otras habilidades.

—Y como se ha dicho al principio, su fama más popular la alcanzó como seductor de mujeres. En eso parecía poder equipararse con el Don Juan Tenorio, español famoso, llevado al teatro un siglo antes por un fraile mercedario en Madrid.

Aire se opone:

—Al contrario, son dos figuras muy diferentes, dos personajes opuestos, diría yo. Casanova amaba a las mujeres que conquistaba, pensaba en ellas, se preocupaba del placer femenino y de conocer sus vidas. No era un simple aprovechado, cazador de oportunidades. En cambio, Don Juan Tenorio las gozaba sin más. Casanova, un hombre mucho más moderno pensaba en el placer y en la vida.

—Sí —asiente Tierra—. En ese sentido su historia es mucho más generosa, más ejemplar y más amplia encarnando el espíritu de Venecia, famosa por sus atractivos y tolerancias. Con sus vastos dominios que llegaron a incluir colonias en Asia e islas del mar Egeo, Venecia no fue sólo una potencia marítima importante sino también centro de cultura y de júbilo, de arte musical, pictórico y literario, incluyendo la actividad de impresores famosos desde los primeros tiempos del invento de Gutenberg. Podría decirse que Venecia fue una encarnación de Europa porque, dentro del mundo entonces conocido, desde la Edad Media se mostró capaz de tener a raya a los enemigos asiáticos, a la vez que afrontaba la rivalidad de los genoveses. Sin ser un gran imperio, Venecia ha sido fundamental para la civilización europea, sobre todo cuando fue conquistada Constantinopla por los turcos. Entonces muchos bizantinos se refugiaron en tierras cristianas llevando consigo textos y manuscritos de la vieja sabiduría griega. Venecia fue un aporte destacado del árbol Europa.

—¡Árbol Europa! ¡Magnífica idea! Creo que partiendo de esa imagen podríamos avanzar mucho en las cuestiones que nos preocupan sobre el futuro de nuestra civilización. Brindemos, como es nuestra costumbre, por Casanova y ¡manos a la obra!

Aire alza su copa entusiasmado e impaciente, los demás le siguen y, apurada la bebida, piden a Tierra que siga desarrollando

su idea de Europa concebida como un árbol.

—Sí. El lugar es adecuado porque Venecia, en el fondo, es una miniatura de Europa misma, con aquella potencia marítima, con su importancia cultural y por su influencia sobre todo el mundo en torno al Egeo y el Mediterráneo. Tiene, además, una particularidad notable al no ser de origen griego ni romano, como tantísimas otras ciudades europeas. Venecia, en ese árbol de Europa, que me parece una imagen muy eficaz, no forma parte inicial. Venecia brota en él por su propia fuerza. La ciudad nace como recurso contra los bárbaros, que se internaban por entre las ruinas del Imperio romano hacia el Mediterráneo. Empezaron a construirla gentes que se refugiaron primero en los numerosos islotes que hoy están bajo los edificios urbanos, elevando con la barbarie el nacimiento.

—Cuanto dices de Venecia es muy interesante, la elección de reunirnos aquí muy acertada, pero, insisto, a mí me interesa especialmente tu metáfora del árbol.

—Me alegro, Aire, que pienses así. Señal de que has captado mi idea de ver a Europa como un árbol para llegar mejor a nuestro tema central, el de nuestra subsistencia. Porque si tratamos de ver cómo ha sido el árbol europeo, al menos en sus grandes momentos históricos decisivos, podremos imaginar mejor hacia dónde puede crecer o decaer ese árbol.

—Sí, claro. Los árboles crecen, pero también decaen, como vemos, y nosotros estamos preocupados, con el posible final de la cultura de la que vivimos y somos.

—En efecto. Un somero repaso histórico no nos vendrá mal como punto de partida. Remontémonos al principio. El árbol tiene una semilla plantada precisamente en Creta, cuya cultura minoica es ya preeuropea, con sus características de delicadeza, sensibilidad artística, influencias femeninas. Su capacidad de civilización mantiene una convivencia pacífica con Asia que luego relumbrará en las mejores etapas del árbol. De Creta se extiende a Grecia y en Grecia el arbusto se desarrolla extraordinariamente y se refuerza sobre todo con la savia de la filosofía, gracias a los sabios que a nosotros Cuatro nos dieron el ser. Al papel de Grecia sucede el de Roma que construye un poderoso tronco, porque incorpora a la sabiduría griega la importancia de la fuerza militar y de las leyes para estructurar la vida social. Roma, además, y ¡cuidado que esto es importante!, admite en ese tronco un injerto enormemente influyente: una nueva religión.

—¿Te refieres al cristianismo?

—Naturalmente. La religión cristiana no es, como lo afirma

tantas veces el Vaticano, la raíz de Europa, pero sí es un injerto que influye profundamente en la estructura del tronco, y durante casi mil años domina las características básicas del árbol. Por otra parte, a lo largo de ese milenio, el árbol recibe el aporte de abonos y fertilizantes. Me refiero a las influencias externas, a contactos con otras culturas. Pensemos en las Cruzadas invadiendo el mundo islámico, por ejemplo, o en la influencia de nuevas técnicas para la agricultura, y los transportes, la expansión de las ciudades, etc. Y llega un momento en que lo más importante del árbol mismo son los beneficiarios de su crecimiento. Sus pobladores se disputan los frutos y dentro del mundo cristiano aparecen los cismas teológicos; en lo político persisten las luchas entre papas y reyes, reforzando las disputas entre etnias y fronteras. El árbol adquiere una expansión extraordinaria, su fronda se enriquece colosalmente cuando hacia 1500 se agranda la esfera política y geográfica de su influencia. En ese proceso general, junto a los antiguos rivales por el poder (papas contra reyes, cristianos frente al islam), prosperan cada vez con más fuerza los nuevos burgueses de las ciudades y el comercio. En conjunto, el árbol experimenta una transformación profunda tanto en su mayor grandeza como en su organización social.

Tierra hace un alto, pero sus compañeros metidos en el relato y entregados a la remembranza toman el relevo. De manera un tanto desordenada, interrumpiéndose unos a otros evocan descubrimientos geográficos y científicos cubiertos bajo las nuevas ramas del árbol por todo el planeta. Rememoran el gran cambio introducido con los descubrimientos de nuevas tierras transoceánicas que atrajeron a europeos entre los más valiosos, audaces y emprendedores. Caudillos, misioneros, comerciantes, pastores y labradores se embarcaban en las carabelas y galeones en busca de oro, de paganos que cristianizar, de tierras por labrar y de aventuras desconocidas y prometedoras. Aluden al asombro de aquellos viajeros ante seres maravillosos desconocidos, animales casi fantásticos que describían al regresar a Europa. Recuerdan a los que, rascando entre las riquezas de la tierra, encontraron una piedra negra que con el tiempo sería el carbón todopoderoso.

Siguen y siguen entusiasmados sin percatarse de la tristeza que se apodera de Tierra. Aire presume de las grandes novedades en el cielo gracias a las observaciones científicas de genios como Galileo y Tycho Brahe (tras las huellas de Copérnico) y Newton coronando una descripción nueva del sistema celeste. Agua les recuerda el alcance de la Enciclopedia francesa con su ambición de divulgar todo el saber de la época entre la gente. El desarrollo de nuevas

ideas, la aplicación creciente de la Razón al servicio, el interés de algunos filósofos por acercarse a la sabiduría de Oriente y completar los argumentos de la razón con las intuiciones y el enriquecimiento de la sensibilidad, del espíritu humano. Los escritores libertinos, Rousseau y sus teorías sobre la naturaleza humana, el concepto de igualdad de los hombres, sus derechos básicos, el esplendor en las artes y las letras... Tantas y tantas novedades conforman el nuevo follaje del árbol que cobija en su sombra incluso a culturas ajenas, todavía independientes, pero que acabarán sintiendo la influencia y el poder de Europa.

—¡Qué contraste tan patético con la Europa de hoy! —suspira finalmente Tierra—. ¿Qué ha pasado con aquel hermoso árbol en apenas dos siglos? ¿Lo han talado, quemado? ¿Se ha secado y lo tiró la historia? No —sigue reflexionando en voz alta—. Lo que sucede es que toda moneda tiene anverso y reverso. Al mismo tiempo que el árbol florecía con tanto esplendor, brotaban también ramas deformes, gérmenes de otras fuerzas y otros factores que le afectaron y modificaron. Además, le aplicaron nuevas ideas o productos como fertilizantes y antiparásitos. Europa se lanzó sobre el mundo como si fuera suyo. Y, aunque inicialmente eso produjo beneficios al árbol, a la larga también lo perjudicó por los excesos y por privarle de muchos de sus hombres más capaces. Por otro lado, el interés de los hombres de acción hacia el mundo exterior favoreció el nuevo poder que había ido surgiendo a lo largo de la evolución económica y que residía en la burguesía naciente y entonces próspera. En Francia, la teoría fisiocrática según la cual toda la riqueza procede de la Naturaleza, que suministra recursos necesarios para la vida humana, fue desplazada por nuevas ideas económicas. Frente a los fisiócratas, otros filósofos destacaron el papel decisivo de la actividad humana para producir riqueza y, naturalmente, de ahí se infiere que los instrumentos básicos para esa actividad son el dinero y el capital. Hasta Calvino, en su doctrina teológica, justificó que la riqueza era grata a los ojos de Dios. Florecieron mercaderes y banqueros. Éstos ganaron influencia política y social prestando fuertes sumas a reyes y nobles. Dicho de otro modo: se produjo una transferencia de poder desde los propietarios de la tierra a los propietarios del dinero.

—Entonces, ¿es ahí donde todo empieza a torcerse?

—No lo diría yo así, pero esa transferencia es la que sin duda modifica la evolución histórica, podando ramas tradicionales del árbol Europa y estimulando el crecimiento de las que daban como fruto la mayor rentabilidad y más beneficio económico. En ese

proceso era inevitable la tendencia a poner los intereses económicos por encima de los valores tradicionales. El aspecto positivo es que se dejaron de justificar privilegios heredados.

—Ya, pero el poder no pasó de los propietarios de la tierra al pueblo, sino de los propietarios de la tierra a los propietarios del dinero.

—En efecto.

—El dinero, siempre el dinero. Cuando llegamos a este punto, nos atascamos, no sabemos por dónde seguir, cómo enmendar esto.

—No se trata de enmendar nada. Ya nos lo dijo Vida. Ni tenemos facultades ni es nuestra misión. Se trata simplemente de nuestra supervivencia, de no dejarnos destruir por los dueños del dinero.

—Sí, pero como seguimos sin hallar la fórmula, por lo pronto, para la supervivencia inmediata, propongo un alto en el repaso histórico y un poco de diversión.

—¿Qué tal un paseo en góndola?

—¡Fantástico!

* * *

—¿Se puede?

—Sí, claro. Pase, pase, Profesor. Le estaba esperando.

—Buenos días, Doctor.

—Buenos días. Siéntese. Póngase cómodo. Recojo estos papeles y enseguida estoy con usted. Hoy tengo muchas preguntas. Venecia me ha interesado mucho.

—¿Venecia? ¿La Venecia de Casanova o la de ahora? ¿La de los Cuatro o la del futuro?

—El futuro no lo veo yo tan claro. Ése me lo tendrá que explicar usted. O los Cuatro. ¡Quién sabe! Ya casi empiezo a creer en ellos.

—Bien, bien, vamos avanzando. La duda es el primer paso, pero todavía me tiene usted por chiflado. No, no, no ponga esa cara. No se lo tengo en cuenta. A usted menos que a nadie, es su profesión. Lo importante es que le ha interesado la reunión en Venecia. De eso se trata, de formularse preguntas, de querer saber algo más acerca del mundo que nos rodea, de no conformarse con las góndolas y el Lido. ¿Ha estado usted alguna vez en Venecia?

—No. De Ginebra teníamos usted y yo recuerdos comunes, pero Venecia es una ciudad con la que siempre he mantenido una relación de amor y odio. Por un lado, me atrae su belleza singular; por otro, tanta postal almibarada me retrae. Siempre he pensado

que, salvo que me acompañara un guía como usted, no iba a conocer la verdadera Venecia, que como bien dice, debe ser algo más que góndolas. No me gusta pasar por las ciudades sin penetrar en su esencia. Por eso me ha interesado especialmente el relato. Y, tanto si creo o no en los Cuatro, me encanta que hayan elegido precisamente ese lugar de reunión.

—Sí. La eligieron porque la ciudad es una miniatura de Europa y, a la vez, también lo es de aquel siglo XVIII. El que cambió el rumbo histórico hacia la Europa de hoy.

—Un cambio decisivo. Pero precisamente por ello, lo que me llama la atención son las reflexiones sobre Casanova. Nunca hubiera pensado en esa figura en el marco de un debate tan serio como el que ahí se plantea. En general si pensamos o mencionamos a Casanova es siempre hablando de juerga, mujeres y libertinaje. Rara vez lo imaginamos fuera de ese contexto. Al menos para mí, su enfoque es una novedad.

—No me extraña. En efecto, la visión generalizada del personaje es muy reduccionista. Casanova es un símbolo. Es la Europa del xviii encarnada en ese personaje. Habrá observado que en el relato se recoge poco del anecdotario de Casanova evocado por los Cuatro. Es interminable. Sus *Memorias*, que he leído con enorme interés, son un panorama global, casi mágico, político y hasta erótico de la Europa de su época. Casanova, que, a partir de su estancia en Ginebra, empezó a llamarse caballero de Seingalt, fue de todo a lo largo de su vida: seminarista, violinista, autor dramático, empresario, agente diplomático, estudioso de la cábala y bibliotecario. Trató a reyes, los de Prusia, Austria, a Catalina II de Rusia, a personajes como el conde de Saint-Germain o a Cagliostro.

—Perdone, no conozco estos dos últimos.

—Fueron unos destacados investigadores en el tema de la cabalística, que también atrajo a Casanova.

—Ya. Por lo que dice, debió de ser un excelente administrador del tiempo. Porque con tanta actividad relevante uno se pregunta cómo le quedaba ocasión para ser ese donjuán que todos conocemos.

—No. Un donjuán, de ninguna manera.

—¡Profesor, por Dios!

—Se equivoca. Nuestro Don Juan (me refiero al de Tirso de Molina porque el Tenorio de Zorilla, aunque más conocido, es posterior) era un personaje muy distinto. Conquistador, sí, pero más bien por coleccionismo, por goce y por venganza.

—¿Venganza?

—Claro. Piense en la moral católica de nuestro país. La idea del pecado, la presión clerical, la maldición de la carne, la mujer concebida como tentación y fuente de todos los males. En ese ambiente opresivo, su violencia erótica, además del goce, tenía ese sentido vengador por haberle hecho pecar. La culpable, la tentadora era ella. «Malas artes de mujer.» Seguramente habrá oído esa expresión que aún pervive en nuestro lenguaje actual. Esas palabras marcan la diferencia. Casanova era bien distinto: era un hombre natural, libertino, al estilo de los franceses de la época. Él se enamoraba. Vivió muchas relaciones amorosas e incluso mantuvo algunas durante años como con Henriette o Teresa. A algunas incluso les proporcionó esposo una vez terminada la relación. En definitiva, era un hombre de su tiempo, de aquella Venecia, y no era el único. ¿Le gusta a usted Vivaldi, Doctor?

—¡Vivaldi! ¡Cómo no! Me recuerda mis años de estudiante. En el colegio mayor donde terminé la carrera tuve un compañero enamorado de su música. Nos ponía constantemente *Las Cuatro Estaciones*. Ya ve, cuatro conciertos reunidos, como sus elementos. ¡Qué casualidad!

—Vaya, no se me había ocurrido. Se lo citaba porque aquel Prete Rosso, o Cura Pelirrojillo como le llamamos por aquí, era otro Casanova, otro digno representante de la permisiva Venecia, de aquel ambiente de costumbres disipadas, incluso en algunos conventos, como el de San Lorenzo, por ejemplo. Vivían en un mundo sensualmente libre. Las prostitutas de Venecia eran célebres en toda Europa. Vivaldi dirigió una orquesta femenina, la de las muchachas recluidas en el Ospedale della Pietà, un hospicio en el que vivían señoritas y muchas hijas no deseadas de cortesanas. El centro, a su vez, era regentado por monjas que tampoco conocían a sus padres. Toda una ventaja para las aventuras de nuestro cura. Se dice que a Vivaldi le iban más los tríos que los dúos porque en Venecia vivía con su joven discípula-amante, Annina Giró, y la hermana de ésta, Paulina, pero cuando salían de gira eran motivo de escándalo. El cardenal de Ferrara le causó muchos problemas. Al final murió solo en Viena porque su historia acabó como acabó Venecia en la era posnapoleónica cuando el Congreso de Viena devolvió el poder a los burgueses que impusieron su hipócrita respetabilidad. El sexo y la libertad sensual quedaron ocultos bajo la levita o bajo el corsé victoriano. Casanova es un símbolo de Venecia y Venecia, a su vez, era la apoteosis de Europa.

—Hay otro tema de la reunión del que me gustaría hablar con usted. Me refiero a la visión Europa como árbol.

—Es una metáfora sugerente, sí, pero actualmente ya no vale. Después de la Segunda Guerra Mundial, Estados Unidos se subió al trono imperial dejado por la decaída Europa. Se erige en guardián del árbol Europa contra el enfrentado poder soviético. Proclama defender los mismos ideales (hojas y frutos del árbol), pero los valores dominantes en Estados Unidos no son los de la gran Europa, sino los de la técnica económica con poder y eficacia. La civilización norteamericana, sin perjuicio de reconocerle sus creaciones y su rigor, no se guía por las reflexiones y el pensamiento sino por el deseo y la acción. Tomaron el árbol pero dejaron las raíces en la tierra originaria y por ello perdió la fuente de la sabiduría helénica que nutría el tronco y las ramas. El árbol se ha secado, la comunidad se ha convertido en sociedad de mercado, la vida se orienta hacia la productividad creciente y lucrativa. En vez del árbol un colosal ordenador... Por cierto, Doctor, ¿le suena a usted París 1968?

—Claro. Las manifestaciones y los movimientos estudiantiles. Praga, Berkeley también, además de París.

—Ahí tiene el ejemplo. Frente a ese potente ordenador, reforzando el dominio del nuevo capitalismo, la afanosa explosión por humanizar el poderío técnico y económico con el noble arte de vivir en plenitud. El sistema, temeroso de perder sus privilegios, sofocó una explosión enterrándola bajo el simulacro de la libertad de mercado justificada por sus ideólogos, como los neoliberales y la acción sin escrúpulos de sus publicitarios.

—¡Caramba, Profesor! No cabe negar que Occidente ha progresado mucho.

—Progresar... ¿a qué llama usted progreso?

—¿Va usted a negarlo?

—Según se entienda: si tan sólo consideramos los medios prodigiosos, los avances astronómicos, las innovaciones productivas deslumbrantes y la acumulación de conocimientos, naturalmente, hemos progresado. Pero antes de dar por buena la respuesta, habría que preguntarse a qué fines se dirige toda esa actividad. El progreso no es sólo acumulación masiva y variada sin objetivos superiores. El progreso ha de tener un rumbo, una dirección y unos fines. Tener más de lo mismo no es suficiente: el progreso ha de consistir en ser mejores, en ser hombres más libres, más dignos, más justos, más solidarios. Y en eso no veo yo el progreso de la Humanidad: seguimos desgarrándonos en luchas por el poder económico, en nuestra incapacidad de vivir todos juntos a bordo de esta nave espacial que es la Tierra. Yo veo a los hombres obsesionados en ser

más, no en ser mejores. Veo muchas conquistas materiales en el exterior del hombre, pero poco deseo de superarse a sí mismo. Lo veo aferrado a su creciente poder sobre el entorno, pero con poco poder ejecutivo sobre sí mismo. Para mí el progreso del hombre implica una vida interior más rica, más llena de vida realmente.

—Bueno, todo llegará. Para superarse hay que empezar por el sustento del soporte material.

—Usted lo ha dicho, el soporte material. Sólo alcanza a una minoría. Es algo que a menudo olvidamos cuando hablamos desde nuestra posición eurocentrista. Desde que Truman anunció el eficaz apoyo a los países subdesarrollados hace ya sesenta años, la situación de la mayoría de la población (un 80 por ciento aproximadamente) no ha mejorado sino más bien ha empeorado por la perturbación de su vida tradicional y la degradación de los recursos naturales que la alimentaban. Y las perspectivas son aún peores: si el siglo XIX supuso una colonización, una ocupación de tierras de los subdesarrollados y su explotación, el siglo XX presenta el agobio de una población triplicada en sólo cien años. Los estudios de los ecologistas demuestran que los recursos de la Tierra ya no se reponen en la misma medida en que se explotan. Lo que en el siglo XIX se llamó «progreso», y tanto se celebra, ahora se llama «desarrollo». Pero la sobreexplotación de los recursos ha hecho este desarrollo a todas luces insostenible, contra natura, pues opone el hombre al mundo. Se avanza destruyendo el medio ambiente, socavando incluso la salud mental y física con exageraciones y exigencias excesivas. El escenario en que vivimos es el resultado de la nueva mentalidad social nacida, como así perciben los Cuatro, al advertir la dignificación calvinista del dinero.

—Sí, eso lo entendí perfectamente en el relato. Ellos señalan con claridad la transferencia de poder desde la tierra y sus amos feudales hacia los burgueses emergentes. Pero tengo la impresión de que perciben estas cosas basándose en sus recuerdos. A ver si me explico y acierto a formularle mi pregunta. Por lo que yo veo, los Cuatro, en sus reuniones, siempre empiezan con evocaciones nostálgicas de su rico pasado, luego lo comparan con lo que ven ahora y así llegan a unas conclusiones parecidas a las suyas pero que usted, con sus conocimientos, estudios e investigaciones podría explicarme de una manera, digamos, más científica.

—Ya. Naturalmente, no podemos esperar que los Cuatro nos den una conferencia de economía o de sociología. Yo le puedo aclarar lo que quiera, mejor dicho lo que sepa, desde mi condición de profesor de economía, pero, ya que me ha llamado usted científico, debo

advertirle que no estoy muy seguro de que la economía sea realmente una ciencia. Pero eso es otra historia... Nos habíamos quedado en Calvino y el traspaso de poderes.

»Efectivamente, el dinero se vio dignificado cuando Calvino, con su doctrina teológica, justificó que la riqueza era grata a los ojos de Dios. Con ello se revalorizó el dinero censurado tradicionalmente por la Iglesia, que consideraba el oro como un peligroso germen de vicio. Pero Calvino enfocó la necesidad del trabajo y esfuerzo constante, alentando las actitudes cada vez más emprendedoras de las fuerzas burguesas. En aquella época florecieron los banqueros y mercaderes. Prestando fuertes sumas a reyes y nobles, ganaron en influencia política y social sobre las decisiones colectivas. La fisiocracia, tan favorable para la nobleza, no pudo sostener el ataque de ese creciente poder económico de la burguesía fundado en el dinero. El oro, más abundante con los envíos desde América, dejó de ser el «vil metal» moralmente inquietante, dignificado, como he dicho, por la ética protestante y justificado por Adam Smith quien, observando la división del trabajo en una fábrica de alfileres, elaboró la teoría de la competencia y de la libertad comercial. Razonó que en el mercado se enfrentan los intereses de vendedores y compradores, inspirados por su particular egoísmo, a pesar de lo cual el acuerdo alcanzado es el mejor para todos. Según su teoría, en el mercado libre una «mano invisible» conduce al beneficio más ventajoso para todos mediante la libre competencia y rivalidad entre los diferentes intereses. Por consiguiente, el mercado se convertía en el motor del bien común, en la plataforma básica de la actividad económica, en la mejor manera de saldar los intereses opuestos de vendedores y compradores con los mejores precios posibles sin nadie personalmente responsable de las alzas y bajas. ¡Quién podía discutir esa creencia! En la realidad las cosas no son exactamente así, como todos sabemos, pero la feliz expresión «mano invisible» sugería una influencia providencial y benigna velando por el interés social. La «mano invisible» sacralizó el mercado y así permitió a los primeros capitalistas reivindicarse ante la sociedad, mostrarse tan dignos como los miembros de otros estamentos. Luego, la entronización del dinero como valor supremo se popularizó gracias a la célebre máxima de Benjamin Franklin «el tiempo es oro». Sin embargo, esta frase, aún vigente, es engañosa por su reduccionismo. El dinero es mucho menos valioso que el tiempo, porque el tiempo es vida en todas sus dimensiones.

—Un momento. Antes de filosofar sobre el tiempo y la vida, acláreme una cosa. ¿Secunda usted a los Cuatro en el rechazo al

mercado?

—Claro que no, hombre. No atacamos al mercado, nos defendemos del mercado, que no es lo mismo. Nadie en su sano juicio plantearía suprimir el mercado. Es algo imprescindible para el intercambio de producción en las sociedades avanzadas. El problema está en quienes se amparan en la supuesta «mano invisible» para abusar de su poder vendedor o comprador con recursos superiores que les permiten imponer condiciones. No confunda usted «economía de mercado» con «sociedad de mercado», en la que todos los bienes y recursos, incluso las personas, se tratan como mercancías. Una sociedad en la que todo se pretende afrontar con dinero.

—Entiendo, pero explíquenme esta aparente contradicción. Tanto usted como los Cuatro parecen muy enamorados, o cuando menos nostálgicos, del xviii, sin embargo, si le entiendo bien, es en ese siglo donde se sientan las bases para que el dinero lo corrompa todo.

—Usted mismo lo ha dicho, la contradicción es sólo aparente o, en cualquier caso, no es nuestra contradicción, es la de la propia historia. Y me ha entendido bien: efectivamente, soy un nostálgico del espíritu dieciochesco. Probablemente por eso estoy aquí, conversando con usted, mientras todos me tienen por loco y sabe Dios lo que piensan sus colegas de usted por mantener estas charlas conmigo. El xviii, también llamado el Siglo de las Luces, fue extraordinario en todos los aspectos. En palabras de los Cuatro, el florecimiento de nuevas hojas y frutos en el árbol Europa. Los mejores del siglo XVIII entendieron la vida no sólo como aventura del espíritu inmortal sino también como vivencia carnal, fomentando el interés por el mundo terrenal en tantos aspectos de la actividad humana. Continuó la tradición del humanismo, heredó los grandes hallazgos del siglo anterior, el de Descartes y Newton, concentrándose sobre todo, ya en su segunda mitad, en las cimas de Kant y Schopenhauer. También se multiplicaron estudios en ciencias naturales y en campos hasta entonces menos cultivados. La organización social y sus problemas atrajeron la atención de autores tan importantes como, por ejemplo, Rousseau en su *Contrato social*. Se abrió paso a planes de reforma política que se desarrollarían ulteriormente, complementados por juristas investigadores quienes, como Montesquieu, perfeccionaron las ideas democráticas. La cumbre de todo el pensamiento fue la célebre Enciclopedia francesa que, por cierto, también topó con la Iglesia, pero la difusión de las nuevas ideas fue imparable. También las academias en los

diferentes países, datan muchas de ellas de esa época. Pero la razón no fue el único impulso para el pensamiento. El siglo XVIII aporta también un vivo interés por los sentimientos humanos, las pasiones y sus consecuencias. Frente al dogma religioso, el filósofo Helvetius en su *Tratado del espíritu* presentó la posibilidad de una moral basada tan sólo en el amor. Autores como Condillac estudiaron las sensaciones, al mismo tiempo que Hume y otros pensadores ingleses. La reivindicación del cuerpo y sus placeres, que ya ha leído en el relato de los Cuatro en Venecia, alcanzó también a la pintura y a las formas literarias con los escritores eróticos llamados «libertinos», cuya crítica de la moral mojigata imperante contribuyó mucho a corroer los principios establecidos y a fomentar las osadías de reformas políticas. Las artes, todas ellas, experimentaron una evolución muy importante pues, a medida que avanzaba la centuria, cambiaban los gustos. Fíjese, Doctor: a mediados de siglo muere Juan Sebastián Bach y enseguida nace Mozart. Si es usted aficionado a la música, convendrá conmigo que es una coincidencia simbólica. En cierto modo expresa bien lo que intento transmitirle. Resumiendo: una extraordinaria profusión de transformaciones que, dentro de su variedad, tienden con frecuencia hacia una creciente libertad. En el eterno conflicto social entre el orden y el cambio, la tendencia a la libertad fue adquiriendo una fuerza cada vez más intensa hasta desembocar en la Revolución francesa.

—¿Me está diciendo que es usted partidario de la libertad para todo, excepto para el mercado?

—En absoluto. Le estoy diciendo, o al menos lo intento, que soy partidario de la libertad para todo, siempre y cuando vaya acompañada de los otros dos conceptos con los que se completa la divisa de la Revolución francesa.

—¿Se refiere a Igualdad y Fraternidad?

—Naturalmente. Es la mejor consigna para organizar la sociedad humana. Los tres pilares básicos para organizar una convivencia justa. ¡Lástima que, tras proclamarla, no supimos llevarla a cabo! No conozco ningún modelo de sociedad en el que se den las tres premisas juntas y, por separado, no vale. Ni la igualdad sin libertad, ni la libertad sin igualdad, pueden satisfacer las necesidades de la mayoría. Por otro lado, sin fraternidad, no hay humanismo. Y Tierra, Agua, Aire y Fuego se lamentan de ello, porque al aplicarlas por separado, la Naturaleza se resiente. Tierra, la que fue Gea, Rea, Madre, Pacha Mama, hoy se siente un mero estercolero, un depósito de materiales de desecho, al que se arroja todo tipo de basura sin contemplaciones, aplicando criterios economicistas a corto plazo e

ignorando las consecuencias futuras.

—Entonces, ¿es esa libertad sin igualdad ni fraternidad la que imposibilita que la «mano invisible» regule por sí sola el mercado?

—Naturalmente. No todos los efectos de la competencia son ventajas. Hoy la mano es más que visible, ¿no le parece? Mi querido Doctor, la vida es cambio. Cuando los bosques de la Europa medieval se agotaron, fueron talados para sembrar alimentos necesarios para una población creciente, vino el auge del carbón. Los artesanos tradicionales se convirtieron en obreros, los talleres en fábricas. Al carbón, a su vez, lo desplaza el petróleo, que es la riqueza del capitalismo islámico en Oriente Medio. Es decir, nuevos bienes conducen a diferentes perspectivas. Mi admiración por el espíritu del xviii no me impide saber que la Vida es hacia delante no hacia atrás; sería necedad negarle alternativas y posibilidades. La ciencia hoy nos abre caminos de recorrido inimaginables. Además, como ya le expliqué, la Humanidad entera es una insignificancia dentro del Cosmos que cambia y evoluciona por sí misma, incluyéndonos a nosotros en el proceso. La vida es imprevisible e imparable. Por eso los Cuatro no se dan por vencidos y, aunque no encuentren respuestas, seguirán buscándolas.

—Doctor Hernández, tiene fuera a dos pacientes y los familiares de un tercero esperándole. Ya les he dicho que la consulta va retrasada, pero quieren saber si los va a atender usted o si vuelven mañana.

—Sí, sí, que esperen.

—Claro, mejor será porque me temo que mañana ocurrirá lo mismo. Este hombre le hace perder el sentido del tiempo. No me extraña, a mí también me fascina escucharlo.

—Ande, ande. Guárdeme, por favor, estos papeles. Después los ordeno antes de archivarlos. Tráigame la historia clínica del siguiente y hágalo pasar.

KNOSSOS

Del merendero sale una muchacha llevando una fuente de loza. Se acerca hacia la mesa redonda, sombreada por un frondoso pino, deposita la ensalada y se retira ufana. Los Cuatro, cómodamente instalados, acercan sus asientos, distribuyen los cubiertos y examinan el manjar.

—Esta verdad comestible resiste el paso de los siglos. Amigos, hemos vuelto a nuestro origen.

Tierra examina críticamente la ensalada y sonríe aprobando:

—Sí, como entonces, como siempre. Hojas verdes bien aderezadas, el queso blanco, olivas, almendras, los rabanitos. Lo justo de pepino.

Prueba una aceituna negra y añade:

—Hum, perfecto el aliño: salada, poco vinagre y bien aceitada... Volvemos a nuestros orígenes. El Sol iniciando su ocaso, el mar tomando ya el matiz violeta del anochecer, la melancolía de la playa desierta y el olor salino y fresco. Las ondas de nuestro mar: el Egeo. Como siempre. Y, sobre todo, tras esas colinas pobladas de pinos hemos dejado a Knossos. Todo como entonces, incluso este pastor con sus cabras.

—Sí, como entonces, salvo su gorra americana con la visera en el cogote.

—No exijas demasiado, Fuego. No le amargues la velada a Tierra. En realidad la especie humana es la misma de aquel tiempo. Sus sueños y sus ambiciones, sus ansias de poder, son las mismas que las cantadas por Sófocles o Esquilo en el teatro de Epidauro.

Por la carretera, atravesando el pinar, pasa un automóvil.

—Pues ahí tenéis el cambio, bien claro. Sabiduría por velocidad.

—En todo caso, en coche o en burro, da igual. Tras esas colinas tenemos a Knossos. Los restos del palacio os han emocionado, tanto como a mí. El segundo construido después de que los dorios incendiaran el anterior. En el silencio del patio casi he oído cantar a las cigarras, también a las sirvientas que urdían en el telar. Y, al probar ahora la aceituna, me ha parecido verlas adobando las olivas en aquellas tinajas tan altas como ellas mismas.

Fuego está a punto de rendirse, mejor dicho, de reprimir su socarronería en aras a la armonía que intenta imprimir Tierra,

cuando un gesto del pastor hace que estallen en carcajadas los Cuatro.

—¡Un teléfono móvil! ¡Y seguirás diciéndome que es un hombre de entonces! Igual está llamando para saber quién ha ganado la final en el estadio del Olympiakos.

El pastor, ajeno a los comentarios de que es objeto, sujeta el aparato contra su oreja, mueve los labios y los deja sonreír alternativamente, asintiendo alegre con la cabeza y hasta doblando el torso. Su perro le contempla atento.

—¿Con quién hablará, tan entusiasmado?

—¡Con quién va a ser! ¡Con su novia!

—Sí, la novia que ha logrado burlar por enésima vez al padre.

—¿Burlar al padre?

—Claro, mujer, el padre quiere un yerno mejor para su hija. ¿Dónde va su niña, su tesoro, con un vulgar cabrero, por Dios? Pero ella es lista y se las ingenia para salir de su encierro y telefonear a su pastorcillo del alma, asegurándole su amor, no se vaya a desanimar tan pronto. Y mira cómo aplaude el perro con sus orejas. Tan feliz como su amo.

—Ya está bien. Diríase que en Venecia le tomasteis gusto al cine, peliculeros. Un poco de seriedad, por favor.

—No desesperes, Madre. Al menos, el guión que acabamos de inventarnos le habrá demostrado a Fuego que, en efecto, en lo profundo, los seres humanos son los mismos. El coche y el móvil cambian las circunstancias del pastoreo, pero la soledad, los proyectos, el amor frustrado, los deseos, en suma el sentir profundo no los cambia la velocidad.

Unos minutos de silencio. Un trago de vino, otro poco de ensalada y Tierra retoma el hilo de su ensimismado discurso. Sus compañeros, esta vez sí, la escuchan atentamente, haciéndose perdonar el inciso díscolo.

—Cuando en 1900 Evans, aquel inglés, empezó a excavar, temí que destrozaran las ruinas, pero las han conservado. Bueno, no del todo; se llevaron los bronces y las esculturas. Una diosa de las serpientes está en París. Por suerte se conservan muchos frescos en los muros estucados. ¡Qué exquisita decoración con temas marinos! Pulpos, delfines, estrellas de mar. Y las figuras danzantes: diosas gimnastas.

—Las que engañaban al toro embistiendo con un salto por encima del animal, apoyándose en sus cuernos. Las volatineras. Las heroínas del templo en el circo. Las que dejaron asombrado a Evans hace un siglo cuando al excavar las encontró retratadas en uno de

los frescos conservados en los muros del que fue el Salón del Trono. Pinturas llenas de vida: cacerías, navegaciones, carreras de carros ligeros, fiestas sagradas. Frisos decorativos: flores espirales... un primor. Fue una cultura muy femenina. Aquí reinó Europa.

—Ah, te veo venir. Toda esta remembranza nostálgica no es sino tu introducción al personaje a quien hoy rendimos homenaje, es decir, a Europa. ¿No es así?

—No del todo, listo. Como de costumbre, te precipitas. En anteriores reuniones encargué a cada uno de vosotros la elección de un personaje a quien homenajear. Se trataba de elegir a alguien relacionado con el lugar de encuentro, pero, sobre todo, que fuera alguien cuya trayectoria y aportaciones, según vuestro criterio, mejor cuadraran con el trasfondo de las cuestiones planteadas. Así, con mayor o menor acierto, hemos cumplido nuestro ritual brindando por René Caillé, Bougainville, Sissi y Casanova. En cambio, para este encuentro en Knossos, precisamente por ser punto de partida y arribada, me ha parecido mejor elegirlo entre los Cuatro, ya una vez aquí. ¿Acaso no os llamó la atención que a nadie encargué nada?

—No. Creímos que te tocaba a ti. Somos cuatro y ésta es nuestra quinta reunión. Parecía obvio que empezaba otra ronda.

—¿Otra ronda? ¡Ilusos! Este viaje lo iniciamos juntos y juntos lo acabaremos.

Se miran extrañados, Aire está a punto de pedirle que se explique mejor, pero el gesto de Agua le hace dudar. «Déjalo, sólo te va a decir “cosas mías”», le susurra al oído. Incluso Fuego se conforma.

—Muy misteriosa estás hoy, pero bueno, si tú lo dices, designaremos el personaje entre todos. Luego no te quejes si discutimos porque aquí, entre tantos posibles, no será fácil ponernos de acuerdo. Tú hablabas de Europa, pero...

Se inicia una acalorada discusión: Europa lo único que hizo fue dejarse querer por Zeus y tener mucha suerte. Prefiero al Minotauro. Un monstruo. ¡Qué horror! Mucho mejor Dédalo. Para eso Dionisos. ¿Y por qué no Ariadna?...

Tierra, impotente ante semejante guirigay, decide tomar la calle de en medio.

—De acuerdo, en este lugar tan creador de mitología, es difícil decantarse por un solo personaje. Que cada cual nombre el suyo, según su preferencia y brindaremos juntos por los cuatro. ¿Os parece?

—Sí, muy buena idea porque, aun así, quedarán fuera muchos.

Todos conformes, finalmente, deciden homenajear a:

Europa, pese a no ser cretense, porque reinó en el país donde germinó la semilla del árbol hoy en declive.

Dédalo, por sabio, creador de artefactos maravillosos, un precursor de Da Vinci o Edison. Dédalo también ideó las alas artificiales de cera para Ícaro, aunque el muchacho no supiera utilizarlas. En este punto los Cuatro están muy de acuerdo: Ícaro se sintió tan superior con el invento que, al igual que los hombres de hoy, no supo emplear la técnica con sabiduría. Dédalo es también merecedor de homenaje por construir el famoso laberinto y por su intervención en el nacimiento del Minotauro, una de las historias favoritas de Fuego. Rememora con orgullo a la reina que se había enamorado de un raro y soberbio toro, único por su pelo enteramente blanco. Incapaz de refrenar su lujuria, mandó a Dédalo construir una imitación de vaca tan perfecta como para engañar al toro, hueca por dentro y abierta por debajo del rabo para que la reina pudiera meterse en ella y ofrecerse para la cópula. Dédalo tuvo que obedecer esas órdenes so pena de muerte y así nació el Minotauro. A Fuego le parece fantástico el invento, genial su autor y hasta valora al Minotauro como animal divino de la mitología.

Ariadna, hija de Minos y víctima de su amor por Teseo, a quien salvó con el ovillo de hilo. Sin su ayuda, jamás hubiera logrado salir del laberinto el ingrato Teseo que, una vez a salvo, se la llevó de Creta en su nave para abandonarla en la isla de Naxos. Agua no hubiera podido dejarla de lado.

Dionisos, el dios de la vid, de la exaltación vital y las bacantes. No podía ser de otro modo habiendo nacido dos veces, primero de su madre Semele, luego de Zeus, que guardó el feto en el muslo, al morir Semele embarazada. Aire lo considera imprescindible para completar la habitual visión apolínea de Grecia, pues aporta el mundo oscuro del fecundo abismo humano interior, del éxtasis y del desorden creador. Los dos juntos, Apolo y Dionisos, demuestran la influencia del pensamiento oriental más antiguo, patente en un símbolo muy representado en las pinturas del Salón del Trono: las dos hachas de bronce acopladas en un solo mango de madera. Aire recuerda los famosos misterios orgiásticos de Eleusis, que se siguieron celebrando por los griegos bajo todo el poder de Roma hasta el siglo v de nuestra era.

—Muy bien —concluye Tierra—, ellos hicieron historia en Knossos. Si a ellos les enlazó el destino para vivir, a nosotros nos congrega ahora para recordarles como encarnación de aquel mundo.

Fuego entra en el merendero, cuchichea algo con la camarera y ésta vuelve con cuatro grandes vasos de licor para la libación: un líquido intensamente blanco, el *ouso* derramado en el agua. La moza se retira y los Cuatro en pie vierten unas gotas al suelo y alzan los vasos al cielo bebiendo después en silencio. Se sientan, ya tranquilos, saborean su bebida envueltos en una atmósfera de remembranza.

—Fue un mundo hermoso. Íntimo y femenino, pero también con naves que lograron vencer a las de Atenas y a las egipcias. La mejor civilización se degradó cuando los bárbaros norteños, los dorios, los micénicos, destruyeron el reino de Minos con sus armas de hierro, más mortíferas y eficaces que las de bronce.

—Fue el Destino, el dios superior a todos los dioses. Lo que ahora llaman evolución o historia. Knossos tuvo que ser destruido para dar a luz a Grecia y, a través de ella, a Occidente. Así es como resulta creadora la muerte, como la semilla, que en Creta germinó para dar vida luego al árbol Europa.

—Bueno, bueno —sonríe Fuego—, tú, mi querida Tierra, también tienes cierta culpa. Los dorios no fueron los únicos destructores. ¿Acaso no recuerdas el terrible terremoto que armaste? ¡Buenas sacudidas agitaron el suelo y derribaron el palacio y otros edificios!

—¿Y te atreves a reprochármelo tú, que debajo de mi superficie, donde yo te protegía de las aguas, me torturabas con un calor insoportable? Tú, que no descansaste hasta que me rompiste y levantaste el mar hecho un volcán, la isla de Thera, dejándola como está todavía. ¡La erupción se sintió hasta en Egipto!

—No tuve más remedio. Yo no me realizo en el calor por mucho que lo fuerce. Yo culmino mi ser en la hoguera, la llamarada, con mis caricias ardientes y su fulgor deslumbrante. El mero movimiento de partículas atómicas, que es el calor, no me representa. Yo soy la llamarada, la hoguera aniquilante. Lo que a lo largo de los siglos me ha puesto en los altares, me ha hecho adorado y temido por los hombres, me ha encarnado en dioses como un Vulcano, Ormuz, o como un Agni en la India. Hasta en la misma Roma con Júpiter, incluso la pudibunda Vesta me respetaba y me hacía cuidar por sus sacerdotisas... pero cuando tú te pones testaruda no cabe más que hacer tu voluntad.

Tierra está a punto de replicarle, pero la impaciencia de Aire se lo impide:

—Desde luego tú no eres como Agua, múltiple y versátil. Ella se hace piedra, o gas, o líquido. Lo disuelve todo. A veces se refuerza y

la llaman Deuterio. Es a la vez electropositiva y negativa. No me mires así, Agua, te quiero pero eres difícil. Hasta consigues resultar más ligera cuando te haces más densa y maciza. Sí, sí, hecha bloque de hielo flotas en ti misma: ¡un imposible, vamos!

—Tú, en cambio, eres capaz de llenar cualquier espacio con sólo difuminarte y enrarecerte. Mi destino es buscar el cauce, pendiente abajo, hacia el río y la lejana mar, mi reposo. Y si puedo, me infiltro entre las rocas, aprovechando grietas, acariciando raíces, llevándoles vida en lo oscuro, intentando hacerme a mí misma en las honduras de Tierra Madre. Todo lo contrario que tú, que suspiras por la altura de las galaxias. Y perdona, pero creo que te pierdes en ellas. A diferencia de ti, yo encarno la visión de vivir encauzada. Seguramente por eso creo que las honduras insondables importan más que las alturas inaccesibles.

—Bonita frase, sí señor —interviene Fuego en tono casi burlón —: «Más que las alturas inaccesibles, importan las honduras insondables».

—En efecto, hija. ¡Ojalá te oyeran los humanos! En sus honduras insondables, como dices, se hallan las emociones y sentimientos que les permitirían armonizar con el mundo, integrarse en el Todo y salvarse con nosotros.

Tras un breve silencio, Tierra se decide, al fin, a explicar lo que lleva callando desde el inicio de la reunión.

—Veréis, Vida tenía razón al negarnos carne mortal y al advertirnos de que poco podíamos hacer nosotros. Nos resultó frustrante lo que aquel día interpretamos como denegación de ayuda. ¿Recordáis que nos tachó de ególatras desmedidos con pretensiones humanas? ¡Cómo nos sentimos entonces, si hasta nos molestó que la cacatúa en lo alto la aplaudiese!

—Claro que nos molestó, pero hemos intentado...

—Chis, dejadme seguir. Sí, nuestra terquedad nos empujó a seguir adelante con el proyecto, pese a sus advertencias. No me arrepiento. En estas reuniones hemos aprendido mucho. Ha sido agradable y enriquecedor, pero, al menos a mí, también me ha servido para tomar conciencia de nuestros límites y entender, al fin, el significado de las palabras de Vida. Agua, Aire, Fuego y Tierra somos por un lado realidades físicas atacadas por los hombres y, por otro, somos mitos, pura imaginación en la mente de esos mismos hombres. En lo primero está nuestra perdición y en lo segundo, nuestra salvación. En nuestras exposiciones hemos llegado a la conclusión de que el hombre ha entrado en una fase de crisis total, o de barbarie, que es lo mismo. Y, si bien eso nos horroriza,

recordando las palabras de Vida acerca de la metamorfosis, llego a la conclusión de que la barbarie no es sino metamorfosis. La oruga y la mariposa son un mismo ser. Estamos en Knossos, hace un rato recordábamos su símbolo: la doble hacha de un solo mango, su femenina vitalidad y el primer alfabeto para los griegos. Aquí nació la oruga, ahora surgirá la mariposa. Aquí germinó la semilla del árbol Europa, ahora la ciencia lo representará de un modo distinto.

—¿Y nosotros, qué seremos?

—Seremos lo que somos, eso es lo que hay que ser.

—Ya, pero si los hombres cambian tanto, si se metamorfosean, ¿nos destruirán?

—Eso nunca. Al menos no en nuestra faceta de mitos. Podrán olvidarnos, pero los mitos somos indestructibles. Por eso Vida no pudo hacernos mortales. Ni los mismos dioses pueden hacer que lo que fue no haya sido. Aquel Knossos no lo encontramos hoy, pero vive en nosotros y nosotros viviremos en nuevas mentes. De eruditos, de artistas, de curiosos...

—Cuesta pensarlo.

—Cuando no te queda nada, tú eres todo. Como el Ser, como el Vacío que engendra la plenitud. Como el Absoluto. Como Knossos. Aunque otro terremoto como el de hace tres milenios y medio arrase lo que queda de él. Knossos será siempre.

Sobre el suelo de la terraza, cinco gorriones picotean las migajas de pan que cada día les ofrece el Profesor para poder contemplarles, desde su butaca, a través de la cristalera. Sus ágiles movimientos de cabeza, sus continuos saltitos, sus breves aletazos, sus tropiezos entre ellos para disputarse las mejores migas, sus vaivenes... ¡Tanta actividad febril digna de admiración! Aún acude algún pajarillo más, pero otros se alejan. A veces parecen componer un vivísimo ballet, que el espectador contempla encantado. Unos golpecitos en el hombro del Profesor le hacen volver la cabeza.

—Doctor, ¿usted por aquí?

—Raro, ¿verdad? Ni yo me lo creo. Me han anulado una cita a última hora y mi primer impulso fue pedirle a María que intentara adelantar alguna y redistribuir el tiempo. Entonces, al mirar el reloj, me di cuenta de que era la hora en la que usted alimenta a sus gorriones y me dije: «No, mejor no tocar nada y aprovechar este hueco inesperado para sentarme a charlar un rato con mi amigo». Porque usted ya es mi amigo, ¿verdad?

—Desde luego, si su bata blanca no se lo impide.

—Me lo impide en la consulta, pero no fuera de ella.

—¿Y usted consigue separar bien estas cosas?

—Es mi obligación.

—Ya. Entiendo. Cada profesión tiene lo suyo. En cambio para mí es usted amigo a toda hora.

—Eso está bien. No quiero ser menos que sus otros amigos, los Cuatro. Por cierto, tiene usted que contarme muchas cosas acerca de la reunión en Knossos. Ya leí el relato y me ha dejado...

—¡Ah, no me extraña! Un lugar muy interesante, muy sugestivo. ¡Qué historia tan antigua y tan llena de mitos! Ya lo ha visto usted. Ni siquiera se han puesto de acuerdo para elegir un único personaje.

—Sí, en su exposición Creta parece fundamental para la Grecia clásica pese a que ésta se ha quedado con la fama. Algo, por otro lado, bastante frecuente en todos los órdenes de la vida.

—Pues lo ha leído usted muy bien. El mundo minoico fue excepcional. Por su finura y por su espíritu, que no le impidió comerciar activamente, al amparo de una flota de guerra poderosa. Fue el fruto de una situación geográfica óptima: la isla, alargada de este a oeste, como un navío en su ruta, dominando a todas las demás en el mar Egeo, al fondo del Mediterráneo, entre el norte helénico, con Egipto al sur y Asia al este. Dos focos con culturas tan antiguas como la mesopotámica y la faraónica, de donde llegan unas influencias a Creta que fecundaron su inspiración. La mitología comentada por los Cuatro es muy posterior, pues de los minoicos propiamente ha quedado menos.

—Pero lo que cuentan de Ariadna, Teseo y demás me ha interesado mucho. Naturalmente, sabía de la existencia del Minotauro, pero, como la mayoría, sin conocer la historia en sus detalles. Lo que cuentan los Cuatro me fascina. El camuflaje de la reina Pasifae dentro de una falsa vaca envolvente es una idea de la más refinada pornografía. Se diría inventada por el Marqués de Sade.

—No olvide, Doctor, que el toro blanco era una divinidad. Y luego está la otra versión, mucho más prosaica, según la cual la reina habría cometido adulterio con el almirante jefe de la flota. Comprenderá que dejaba en peor lugar al rey Minos. Ya sabe usted, la deshonra del Rey. No, no. Nos quedamos con la falsa vaca y el dios cornudo.

—¡Vaya, Profesor, si es usted un pícaro! ¡Quién lo diría con ese aspecto de sabio despistado! Pero, sí, yo también prefiero la vaca, aunque, claro, como médico, ¿qué quiere que le diga? Cuerpo humano, cabeza de toro... Muy verosímil no me parece. Ventajas de

la mitología sobre la ciencia. Se lo pueden permitir todo. Como lo de Dionisos, sin ir más lejos. ¿Por qué dicen que nació dos veces?

—¡Ah, Dionisos! Un dios mucho más interesante. Sin él (o convertido en Baco como hicieron luego los romanos), nos quedaría de Grecia la visión de una cultura apolínea, luminosa, racional, ordenada. En cambio, recordando junto a Apolo lo que fue Dionisos, vemos en Grecia también las fuerzas oscuras de la conducta humana y de la pasión, con sus exaltaciones orgiásticas, sus desordenadas bacantes flameando antorchas y destrozando ferozmente a sus víctimas. Y, en un plano superior, con sus misterios de Eleusis que se mantuvieron (pese a la caída de Grecia bajo el poder romano) hasta nuestro siglo V, en que la invasión de los bárbaros derrotó al Imperio... ¡Ah, Dionisos! Sus peripecias, su vida, su influencia fueron extraordinarias. Dionisos con Apolo completan a Grecia, que no sería ella misma sin él, como no es humana la razón sin la emoción.

—La unidad de los opuestos, que diría Agua. Me gusta oírle hablar así.

—Y a mí verle ya familiarizado con los Cuatro. Lo celebro. Hasta ahora la única que me escuchaba y los tomaba en serio era Melina.

—Bueno, ya sé, ella es más guapa que yo, siempre será su preferida, no pienso competir, pero tampoco sea injusto. Ya le dije que oyéndole y, sobre todo, leyendo sus relatos, voy creyendo en ellos. Poco a poco van entrando en mi mente, como ellos desean. ¿No es eso a lo que aspiran? Pero, no nos desviemos, cuénteme: el doble nacimiento de Dionisos ¿cómo fue?

—Se le llamó «dos veces nacido» porque cuando su madre, la ninfa Semele, estaba embarazada de Zeus, la esposa de éste se enfureció al saberlo y mediante una trampa logró la muerte de la ninfa. Zeus no pudo evitarlo, pero extrajo de la difunta el embrión aún incompleto y rajándose su propio muslo metió el inmaturo niño en la herida, la cerró por encima y guardó al futuro Dionisos hasta terminar su gestación, a fin de que naciera formado ya como un niño.

—Un genio en neonatología este Zeus, con su muslo precursor de las incubadoras. ¡Y nosotros que necesitamos tanto aparato y tanto cable para llevar un feto viable a término!

—No se burle, Doctor, millones de personas creen religiosamente en historias inverosímiles.

—¡Ni que lo diga! De eso sé algo más que de partos. Ahí ya está tocando mi especialidad; no me cuesta nada entender que en Knossos a los Cuatro les sobraban figuras para elegir.

—Desde luego. Sólo con las peripecias de los mencionados, podríamos hablar durante horas. Las aventuras femeninas de Teseo, las creaciones de Dédalo, las insensateces de su hijo Ícaro, las hazañas de Dionisos conquistando la India, las grandezas de Europa y Minos, el hilo de Ariadna... Me temo que si entramos en detalles, necesitaría usted más de una cita anulada. Ya le he dicho: por su situación y características, Creta se convirtió en un crisol de civilizaciones.

—Oyéndole, me entran ganas de elegir Creta como destino de mis próximas vacaciones y disfrutar como los Cuatro.

—No es mala idea, pero ¡cuidado! No se haga demasiadas ilusiones: se goza más con lo que uno sabe que con lo que uno ve o con lo que quiere ver.

—¿Ha estado usted allí?

—Sí, hace ya años, aprovechando un congreso de helenistas en Atenas, hice una escapada y guardo vivos recuerdos.

—Entonces, ¿por qué su advertencia?

—Precisamente por ello. Para que esté usted preparado y no espere hacer el mismo viaje que los Cuatro. Por ejemplo, el palacio original fue destruido. El actual, el que yo visité y el que los Cuatro han visto ahora, es una reconstrucción. Está bien hecha, las excavaciones y hallazgos de Evans fueron buena guía, pero los frescos que describen los Cuatro también son una copia moderna. Los originales están en el museo de la cercana Iraklion. Por supuesto que cada uno de mis amigos pudo haberlos visto en su momento: en Knossos se respiraba aire, se bebía agua, se calentaban y vivían sobre la tierra, claro que sí. Pero no fue hasta unos mil años después cuando Empédocles tuvo la idea de unir sólidamente a los Cuatro para rodear lo que fue el tronco del árbol Europa, dando así una explicación global para la base de toda una cultura que predominó durante siglos.

—¡Entonces ellos no lo vivieron de verdad!

—Ya lo creo que lo vivieron, pero sin explicárselo como nosotros lo estamos haciendo ahora. No podían interpretarlo en términos de una cultura en la que los Cuatro, solidariamente, serían erigidos en elementos básicos mil años después de Minos. En la época dorada de Grecia, el Knossos del Minotauro ya no era el mismo, como tampoco lo es hoy, tras haber sido romano, egipcio, bizantino, veneciano, turco e italiano. De ahí la nostalgia de Tierra.

—¡Uf! Como de costumbre, Profesor, tengo que pedirle un alto, un respiro.

—¿Le canso?

—No, no, todo lo contrario. Le sigo con sumo interés, pero ni mis conocimientos, ni mi ritmo de asimilación son los suyos.

—¡Ah! Pero ¿usted cree que yo estaría aquí si fuese capaz de seguir el ritmo trepidante de los cambios? Pues no, yo más bien me parezco a los Cuatro contemplando al pastor guardando sus cabras como antaño, pero con un teléfono móvil pegado a su oreja.

El médico no puede evitar una risotada cariñosa y unas palmaditas en la espalda del Profesor.

—Tiene usted razón. El ritmo de los cambios nos supera, nos arrolla, incluso nos desquicia.

—¡Ah! Pero usted no se queje, eso garantiza el trabajo a los de su especialidad —bromea ahora el Profesor.

—¡Paco, Paco, un momento! Disculpe, Profesor, ahora vuelvo. Por ahí va el informático que nos está cambiando el sistema; llevo dos días tras él, no quiero que se me escape. Enseguida vuelvo.

El médico corre a la caza del tal Paco y el Profesor le mira alejarse compasivo mientras musita para sí: «Corra, corra a que le cambien el sistema. ¡Qué barbaridad, qué barbaridad, cómo pueden vivir así!».

Suspira, se reclina hacia atrás, entorna los ojos y reflexiona entre inquieto y melancólico.

«Cambio de sistema, dice. Y este pobre se lo cree y todo. También Melina me dejó plantado días atrás para irse a un cursillo por culpa de ese dichoso cambio de sistema. ¡Pues vaya! ¿Se habrán parado a reflexionar alguna vez sobre la palabra “cambio”? Esa palabra con tantos significados afines pero con notables diferencias: evolución, historia, revolución, mutación, reforma o el asombroso fenómeno de las metamorfosis. Procesos muy distintos que implican cambio. Y mientras su preciado cambio de sistema informático ocupa sus mentes y su tiempo, hay algo que no cambia: el Ser, el Todo, el Cosmos. Todo cambio es intercambio dentro de ese Ser, implica pérdidas y adquisiciones. No existe nada ajeno al todo. Ahora bien, dentro del Ser son muchas las variaciones, combinaciones, permutaciones entre sus componentes, todos interdependientes. Bien lo saben mis Cuatro. Por el contrario, esta pareja, con sus prisas y su sistema informático, parece olvidarlo. Igual que les pasaba a mis discípulos. Siempre tenía que insistirles. ¡Cuántas veces lo he repetido! Los cambios son infinitos y continuos, pero se compensan. Esto es necesariamente así, puesto que la Energía Cósmica motora ni aumenta ni disminuye. Es un equilibrio global resultante de la articulación entre infinitos desequilibrios compensatorios. Y eso incluye la confluencia de los

opuestos. En esos cambios es donde se inserta el moderno concepto de entropía: la tendencia de todo hacia un creciente desorden por su gasto de energía, salvo que la compense obteniéndola de otros componentes en los desequilibrios globales. Dicho de otro modo: lo que pierde uno, lo recoge otro.»

—¡Profesor, Profesor! ¿No me oye? ¡Que ya he vuelto! Ya estoy aquí, a su lado. ¿Y usted dónde está, tan ensimismado que ni se entera?

—Sí, disculpe, no le he visto regresar. Ya sabe, pensando en mis cosas, se me va el santo al cielo. Mientras le esperaba, me quedé pensando en esto de los cambios y una cosa lleva a la otra; ahora mismo estaba pensando en el pastor cretense.

—Claro, su querida Creta. A propósito, tengo una duda en torno a ese personaje secundario del relato. ¿El móvil y la gorra americana le salvan de la decadencia o, por el contrario, pierde su paz campesina pasando al servicio de las máquinas y las modernas tareas?

—Pregunta retórica, supongo. Entiendo que se trata más bien de un tema para la reflexión.

—Sí. En mi caso es una preocupación profesional. Hace años en mi especialidad médica eran frecuentes los casos de depresión. Nos enfrentábamos con enfermos sin interés vital, desanimados, hundidos en la desesperanza, como sin resortes vitales. Ahora, en cambio, predomina lo contrario: pacientes acelerados, nerviosos, esclavos de sus agendas y hasta niños hiperactivos y ansiosos por el «quiero más». La depresión ha cedido paso al estrés. Me formulo muchas preguntas acerca de ese fenómeno. Pienso que la vida tradicional de nuestros padres o del pastor cretense producía menos trastornos psiquiátricos. ¿Sucedía y no lo sabíamos, no estudiábamos esas patologías o es que el hombre ha cambiado?

—¡Ah! Yo reflexiono sobre estas cosas partiendo de la idea humanista del ser humano como un microcosmos. Veo al ser humano, con toda su complejidad, como un pequeño todo, por decirlo así, y percibo el Todo como un enorme ser humano. Pero no olvidemos que los humanos son muchísimo más antiguos que el pastor, que los griegos y los Cuatro. Si hablamos del cambio, debemos partir de su origen.

—Sí, claro, la hominización empezó hace unos siete millones de años, más o menos. Suena a mucho, pero si pensamos que la vida en la Tierra tiene unos tres mil quinientos millones, somos unos tiernos infantes. Aun así, para repasar esa evolución tendrían que fallarme no una ni dos, sino todas las citas de la semana. Lo más importante,

la verdadera hazaña, fue primero la bipedestación, luego la adaptación de la laringe y otros órganos que permitió el lenguaje y, muy posteriormente, la escritura. Con esas herramientas, el mundo cultural pudo influir en el mundo natural. De eso hablamos usted y yo en otra ocasión, cuando sus Cuatro se reunieron en Tahití y estuvimos muy de acuerdo en que la transformación del australopiteco en el *Homo sapiens* actual es una hazaña de la evolución como muy pocas.

—Yo, Doctor, la veo incluso como una metamorfosis. Lo mismo que el gusano de seda transforma su cuerpecito rechoncho en una mariposa.

—Ya. Ya me explicó el otro día que la barbarie es metamorfosis.

—Sí, el Cosmos no existe sólo para escenario y sustento de la Humanidad. Más bien al revés: nuestra especie es parte, y no imprescindible, de la vida común del Ser. En otras palabras: la historia, que nos parece creación humana, se inserta con toda nuestra obra dentro de la evolución permanente, que es la vida global del Ser. Ciertamente el mundo ha cambiado mucho. Lo hace constantemente, como todo dentro del Cosmos, y en el sentido de reajustes compensatorios, pero sobre todo lo que cambia más es la visión que los hombres tienen de su mundo y eso es determinante para la acción y las decisiones humanas en el proceso histórico voluntario, como componente de la evolución global. Pero nuestra palabra «mundo» no denota el Todo, el universo, sino sólo aquella parte que acotamos como escenario de nuestras vidas o de nuestras reflexiones. Según sea el problema cabe distinguir muchos mundos con diversas conexiones y niveles, embutidos unos en otros. De hecho, cada individuo vive en su propio mundo y cada cultura con más evidencia todavía. Todos ellos, además, son interpretaciones humanas de la realidad. Unos pocos ejemplos: para el árbol Europa, el mundo fue durante mucho tiempo un disco plano, pero los descubrimientos de Colón arrebataron a Creta su antigua y excelente situación geográfica entre tres continentes. Hoy la mayoría vivimos en el mundo newtoniano, con sus astros y sus fuerzas determinando la realidad como un inmenso reloj. Pero ya la física del siglo XX nos envuelve en otro escenario que yo no puedo explicarle por falta de conocimientos...

—Ni yo podría seguir escuchándole por falta de tiempo. De todos modos, creo que he entendido lo esencial. Su rechazo del antropocentrismo y la idea de barbarie como parte del proceso de metamorfosis. La importancia de distinguir el mundo natural y el mundo cultural sin por ello menospreciar la interrelación entre

ambos.

—En efecto. Es lo que sostengo, porque si bien hasta ahora la cultura había modificado el mundo natural, en estos momentos, con los avances científicos, el mundo cultural se está modificando a sí mismo en un grado y a un ritmo muy superior al de cualquier otra época. Genética, neurociencia, microbiología, informática, chips, células madre, reproducción artificial... Estamos en puertas de una segunda metamorfosis humana, ¿entiende? Y si la primera condujo a la tecnificación del medio ambiente y a las transformaciones de la Naturaleza por la cultura, ahora vamos a la tecnificación del hombre mismo, al que ya han empezado a llamar hombre biónico. De eso, Doctor, sabrá usted más que yo.

—Algo. No mucho. Desconocemos el límite de todo ello.

—Y, lo que es peor: en un mundo cuyo dios es el dinero. Cabe sospechar de las manos y los fines que puedan dirigir este proceso impredecible. Son cambios de gran alcance en el pequeño ámbito que es nuestro mundo dentro del Todo. No sabemos qué puede surgir tras esas modificaciones físicas del ser humano, probablemente nuevas organizaciones sociales e instituciones sin precedentes y hasta otras formas de poder. Ya sabe, la ley de la entropía.

—Pero, al cambiar tan profundamente las sociedades, también cabe la esperanza de alcanzar el «uso humano de los seres humanos» del que habló Wiener al fundar la cibernética.

—¡La esperanza! Si usted la necesita, no la pierda.

—¿Acaso usted no?

—En mi caso la cuestión no es necesitar o no esperanza. A mi edad, de nada sirve porque la perspectiva inmediata no es alentadora: sólo nos queda barbarie hasta que alguna escasez vital, una catástrofe nuclear, una nueva Gran Guerra o algo parecido acabe con el suicida «más de lo mismo» de los actuales dirigentes. No creo que lo que me queda de vida conozca yo otra cosa. Yo sigo preocupándome, pensando, trabajando, intentando divulgar mis ideas, pero el futuro es suyo.

—¿Mío? No me asuste. No cargue tanta responsabilidad sobre mí.

—Y usted no se evada. Sabe que no me refiero a su persona sino a su generación, a mis discípulos, a los pensadores y científicos que avanzan sin menospreciar o ignorar el pasado, sin arrinconar la sabiduría de los viejos maestros.

—Una última pregunta, Profesor, porque, ahora sí, debo irme ya. María me estará buscando. Dígame: ¿cuál es su secreto? ¿Cómo vive

usted tan plácidamente con esa visión tan demoledora del presente? Lleva usted aquí cinco semanas y yo aún no sé si hablo con un pesimista o con un optimista.

—Mi secreto, dice. No, no hay para tanto. ¿Recuerda usted las ingeniosas pintadas de mayo del 68? Me quedé con una: «¡Que paren el mundo, que me apeo!». No, no se ría, no me mire así. No bromeo, le estoy contestando en serio. Quedé muy marcado por esas palabras. Naturalmente nadie paró el mundo, yo seguí mi vida, pero repitiéndome la frase, casi como un mantra. Hasta el año 2003. El bárbaro «ataque preventivo» a Iraq, aquel delito de lesa humanidad que aún sigue impune, cambió mi vida. Me indigné tanto que lo decidí. Me dije: «El mundo no lo han parado, pero yo me apeo en marcha». Me tiré a la cuneta y desde entonces estoy viéndoles pasar a todos, unos con sus mentiras, otros con falsas creencias, errados entusiasmos, mediocres maniobras, deplorables dirigentes... A veces, algún gesto, algún grupo humano hace que me una a esa excepción, pero no he vuelto al rebaño. Evito el contagio, me mantengo lejos del mundanal ruido que perturba la descansada vida. Y como incluso en la cuneta seguía expuesto a demasiados compromisos, requerimientos oficiales, inspecciones y acoso cibernético, me atrincheré aquí, en este centro que no es exactamente una residencia, ya lo sé. Llámelo como quiera, para mí es un castillo dentro del cual encuentro mi libertad.

—¿Se siente usted libre aquí? Será el único.

—No me extraña, pero créame, aunque los demás internos se sientan encerrados y deseen volver a su casa, los muros de esta institución me libran de inoportunos, de visitas no deseadas, de las odiosas llamadas telefónicas. Y, sobre todo, los Cuatro me acompañan aquí mejor que en ningún sitio. Fuera de aquí ni siquiera puedo mencionarlos. Todos, incluso mi hija, prefieren mi silencio a mi entusiasmo por los Cuatro. En cambio, Melina y usted me comprenden y por eso me encantan nuestras charlas. Bueno, en verdad no estoy muy seguro de que ustedes me entiendan, pero, como es su obligación, al menos me siguen la corriente. Me conformo con eso.

—Eso sería al principio. Ahora usted mismo ha dicho que poco a poco la historia de los Cuatro va calando.

—Claro, ambos sabemos que mis cuatro amigos no andan por las calles como nosotros, pero es muy verdad que viven en mi mente. Otros hablan con Dios. A mí Agua me avisa de sus reuniones, los espero, acuden, me lo cuentan, yo lo escribo, usted lo lee, charlamos. Doctor, yo no los invento, ellos existen para mí. Así

protegido, no necesito buscarme la vida: la llevo en mí.

El médico se levanta. El Profesor saca de su bolsillo un resto de pan, lo lanza hacia delante:

—¡Mire, mire ese gorrión, admire esa presteza, esa agilidad afanosa, esa gracia inimitable! La ciencia de los hombres podrá fabricar simulacros y robots, incluso capaces de repetirse automáticamente, pero nunca ese prodigio emplumado creado por Vida, espíritu del Ser. Ese espíritu es, al fin, mi tierra prometida. Hacia ella progreso, a salvo en este castillo, mientras el rebaño humano se deshace en su marcha.

—¡Doctor Hernández! ¡Al fin le encuentro! Sólo le hablé de una cita anulada, el resto de los pacientes le esperan. No quiere usted que se junten en la misma salita, pero si desaparece y ellos van llegando, ¿qué quiere que haga? Para colmo se ha dejado usted el busca en la consulta.

—Vale, vale, María, no me riña. No pensaba tardar tanto. Salí con intención de volver enseguida, pero surgió una emergencia.

—¿De veras? ¿Se le ha olvidado ya cómo me reñía por pasarme largos ratos charlando con el Profesor?

—Dígame, María, usted ¿le cree o le sigue la corriente?

—Las dos cosas. Al principio empecé a escucharle por lástima y por simpatía, pero con el tiempo... digamos que a mí también me surgen «emergencias».

—No me diga más.

—Mejor, porque estamos en paz. Los dos hemos acabado leyendo mitología griega... Pero ahora le espera la hija.

* * *

—Doctor Hernández, pregunta por usted la hija del Profesor.

—¡Ah! Sí, hágala pasar. Se me había olvidado, y eso que la he llamado yo.

La hija entra, el médico le ofrece asiento y se la queda mirando sin saber por dónde empezar.

—Bueno, usted dirá, Doctor, ¿Hay algún problema con mi padre?

—No. No se asuste. En realidad su padre está muy bien.

—¿Cómo? ¿Me ha llamado para darle el alta? Pues yo no he notado progresos. Sigue hablando con sus Cuatro.

—Sí, a mí también me cuenta muchas cosas de ellos.

—No me asuste, Doctor. Hum. ¿Usted también...?

—No. No tengo la suerte de su padre. Yo no me comunico ni con los Cuatro ni con nadie que me entienda y reconforte tanto como a él sus «amistades».

La hija, perpleja e incrédula, mira al médico sin saber cómo reaccionar. Debería levantarse y pedir hablar con el director del centro, pero como se lo impide la curiosidad, decide quedarse callada escuchando al Doctor Hernández hasta el final.

—Bien mirado, se trata de un problema de conciencia. La he llamado para poder sincerarme con usted.

«El mundo al revés», piensa la hija mientras permanece callada y el médico sigue dando rodeos diciendo aparentes insensateces hasta que, por fin, se centra.

—Mire, desde un punto de vista profesional, yo no puedo decir que su padre se haya curado, ni siquiera que haya progresado en estas cinco semanas. No podría darle el alta y, por otro lado, él está muy bien aquí. No creo que esté mejor ni en su casa ni en ningún otro sitio.

—Eso es cierto. Se le ve muy a gusto, pero no le trajimos aquí de vacaciones. Se supone que está en una clínica especializada en determinados trastornos mentales y de conducta. Y en ese sentido, no vemos avance alguno. Al contrario, se reafirma en sus delirios.

—Sí, aquí se ha reafirmado en sus ideas, pero no son delirios. Es un concepto de vida poco habitual, chocante, pero inofensivo para terceros y salvador para él.

—¿Así es como lo ve usted? ¿Qué sugiere entonces?

—Sugiero que, si ustedes pueden costearlo, se quede aquí. Ahora bien, si le he hablado de problema de conciencia es porque, durante estas cinco semanas, mi opinión ha cambiado. Ya no pienso como usted y me parece más honesto hacérselo saber y que sea usted quien decida, ya que se trata de su padre, pero no cuente con mi respaldo en cuanto a certificar que su padre sufre delirios. Es usted libre de hablar con el director del centro, pedir que se le asigne otro médico, incluso de llevárselo a otro sitio, pero mientras sea mi paciente, sepa que no voy a tratar sus supuestos delirios porque no creo que los padezca.

La hija, desconcertada, sacude la cabeza. Tras un silencio pregunta en tono irónico:

—Vamos a ver, ¿es que a usted también le visitan los Cuatro? ¿Acaso su enfermera de Fuengirola se le vuelve griega? ¿Es que la loca soy yo?

—En absoluto. Nadie está loco. Quiero decir, ninguno de los

tres: ni usted, ni yo y, aunque le extrañe y le cueste admitirlo, tampoco su padre. Simplemente tenemos distintas formas de afrontar la realidad. La de su padre podría requerir tratamiento si fuera de un hombre joven, que decide tirarlo todo por la borda y refugiarse en una fantasía, pero no es el caso. Piénselo. Toda la sabiduría acumulada en tantos años de estudio y su extraordinaria lucidez unida a la impotencia para cambiar el rumbo de los acontecimientos, a su edad, le dejan pocas salidas. Y, porque es sabio, ha elegido el refugio en los griegos sin importunar a nadie. No sé si le ha dado a leer los relatos que escribe. Yo he leído cinco de ellos y le aseguro que son muy instructivos, deberían ser publicados y divulgados. Eso ya no está en mis manos, pero no seré yo quien impida esa labor. Deje a su padre protegido por sus Cuatro. No son amistades peligrosas. Pero, sobre todo, deje que siga escribiendo sus conversaciones con ellos.

Un viejo profesor, interno en un sanatorio, recibe la visita de los cuatro elementos —Tierra, Agua, Aire y Fuego— con quienes comparte sus preocupaciones sobre el destino de la Humanidad. Se admirará del abrazo de Aire y Agua, paseará y charlará con Tierra, mientras Fuego le salvará del frío. Su hija, la enfermera y el doctor que le trata mirarán con recelo esos delirios, pero los acontecimientos acabarán superándolos a todos ellos, hondamente impresionados por su irrefutable pasión por la vida. Alegoría de nuestro tiempo y radiografía del ser humano en toda su complejidad, estamos ante un audaz y fascinante relato que es, al tiempo, reflexión, aventura interior, lucidez y radicalidad en estado puro.

José Luis Sampedro (1917-2013) nació en Barcelona. Pasó su infancia en Tánger y su adolescencia en Aranjuez, ciudades de gran influencia en su obra. Vivió, también, en Cihuela (Soria), Melilla, Santander, Madrid, Tenerife y Mijas. Fue catedrático de Estructura Económica, escritor, miembro de la Real Academia Española y Premio Nacional de las Letras, además de uno de los autores e intelectuales más queridos y respetados de este país por su actitud ética, su obra, su compromiso con la vida, con la sociedad en la que le tocó vivir y por su posición a favor de un mundo más igualitario. Estos valores se reflejan tanto en sus ensayos de economía, *Conciencia del subdesarrollo*, *Las fuerzas económicas de nuestro tiempo* o *Economía humanista*, como en sus novelas, de las que cabe destacar *La sonrisa etrusca*, *La vieja sirena*, *Octubre, Octubre, Real Sitio*, *El amante lesbiano*, *La senda del drago* y la novela de ideas *Cuarteto para un solista* escrito con Olga Lucas. También se demuestran en los ensayos divulgativos: *El mercado y la globalización* y *Los mongoles en Bagdad*, o en sus obras a dos voces: *Escribir es vivir*, con Olga Lucas, *La ciencia y la vida*, con Valentí Fuster, *Sobre política, mercado y convivencia*, con Carlos Taibo, así como en el prólogo a *¡Indignaos!* de Stéphane Hessel, en la fábula *La Balada del Agua* y en su obra póstuma *Sala de espera*.

Olga Lucas (Toulouse, 1947) ha trabajado como intérprete, traductora y locutora de radio. Asimismo es autora de varias novelas, volúmenes de cuentos y poemarios.

Edición en formato digital: junio de 2016

© 2011, José Luis Sampedro y Olga Lucas
© 2016, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Penguin Random House / Ferran López
Fotografía de portada: © Chema Magoz, Vegap, Barcelona, 2011

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-6633-648-2

Composición digital: M.I. Maquetación, S.L.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Índice

Cuarteto para un solista
Vida y los Cuatro
Tombuctú
Tahití
Ginebra
Venecia
Knossos
Sobre este libro
Sobre los autores
Créditos